

Ciencia Ficción
Fantasía
Terror



Puigza

11



Ediciones Turas Mór



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>El corazón reversible</i> (TARIK CARSON)	5
<i>Una flor</i> (JUAN M. VALITUTTI)	12
<i>Condenados</i> (OSCAR BRIBIÁN)	14
<i>Celos</i> (FEDERICO G. WITT)	17
<i>¡Tilt!</i> (FSCO. J. PÉREZ)	20
Trazos de ayer: PEREYRA	30
<i>Adefesio</i> (CLAUDIA CORTALEZZI)	31
<i>Juegos de manipulación</i> (MAGNUS DAGON)	35
<i>El bebé de Carmen</i> (ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ)	46
<i>Yo soy un "cyberpunk"</i> (CARLOS DAMINSKY).....	50
<i>El cerrojo del mundo está en Butteler</i> (NÉSTOR D. FIGUEIRAS).....	55

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
<http://faneditor.hi5.com>

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 66161-090111-578743-36

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
M. C. CARPER, PABLO SAPERE, ATILIO SERAFINI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
Ilustración de PEREYRA (gentileza de CHRISTIAN VALLINI).

EDITORIAL

Es verano, hace calor y no se tiene ganas de hacer nada.

Pero hay lectores que quieren imprimir algo para llevarse a la playa. En Europa, cubiertos de nieve, están los que quieren leer algo en el cálido ambiente de sus moradas.

Hay, además, demasiados cuentos buenos como para que no salgan a la luz.

Ante esa situación, he aquí otro número de **NM**, con el estilo de siempre: autores debutantes y viejos conocidos; terror, fantasía y CF original en español, para que no se piense que sólo se tiene que vivir de traducciones.

Ínterin —en lo interno—, un trabajo para este nuevo año: buscar nuevos ilustradores, para que puedan difundir su arte desde la tapa; darle mayor importancia a los artículos y publicar más historias gráficas.

Todo eso en cuanto al contenido. Con respecto al contacto con la gente, la redacción virtual sigue presente en **Hi5**[®] (<http://faneditor.hi5.com/>), con el objeto de complementar la comunicación por correo electrónico.

Por otra parte, **NM** ahora también cuenta con una página en **Facebook**[®]. Para encontrarla en esa red social, basta con ingresar NM en el buscador interno de <http://www.facebook.com/pages/>. Los colaboradores están invitados a notificar a los lectores de la revista acerca de sus publicaciones y premio obtenidos en otros medios, en una suerte de “tablero de noticias”.

Allí se pueden consultar, por el momento, los índices completos de todos los números y ver la tarjeta de fin de año pergeñada por M. C. CARPER, así como las fotografías correspondientes a la entrega de los pertinentes diplomas a los ganadores postulados por la revista en el I Premio de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com/>).

Llegado el momento de hacer un balance, puede decirse que 2008 fue un año productivo para **NM** y repleto de satisfacciones, tanto por la participación de los colaboradores como por la respuesta de los lectores.

Resulta gratificante ver el crecimiento del proyecto, sin prisa pero sin pausa. Es también un orgullo haber presentado tantos nuevos autores o poder contar con la presencia de otros ya reconocidos. Ese número, seguramente, no dejará de ampliarse.

Hubiera sido agradable, por último, poder decir que el año 2009 se presenta más promisorio y esperanzado que los anteriores. No obstante, las primeras noticias no pueden sino provocar algo de desaliento y nos llevan a pensar que durante mucho tiempo seguiremos publicando historias bélicas y de terror. Porque, en última instancia, autores y lectores somos parte del mundo. Un mundo al que recreamos por medio de una literatura que nos permite seguir tratando de encontrar un futuro viable, que nos permite emitir señales de advertencia.

Si todo fuese perfecto —acaso—, el terror, la fantasía y la CF no tendrían razón para existir.

SANTIAGO OVIEDO



Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.3. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF se generaron en PDFCreator 0.9.3.

EL CORAZÓN REVERSIBLE

TARIK CARSON

Después de las primeras impresiones de este mundo, estuve un tiempo recluso dentro de mí. Hubo momentos en que quise desmenuzar lo que observaba y experimentaba, pero siempre terminé dormitando, o soñando, como quien no sabe o no comprende, y se aburre. Pero a veces me desdoblaba, iba al centro de la ciudad, caminaba, miraba, veía películas que logran hacerme reír. Sin embargo, ni en la oscuridad de la sala, ni en la claridad de las plazas, podía estar tranquilo, sin sentirme al descubierto, como si mi desplazamiento por ahí rozara, y chirriara contra el sistema de las cosas. Al volver a mi interior, casi huyendo de la vorágine del “todo”, como por milagro me sentía en paz, sin compulsiones o necesidades, casi diría, feliz.

Un día estaba aburrido de ver las mismas paredes internas y salí para verlas desde afuera con una perspectiva más luminosa. Mi aspecto seguramente era nuevo, brillante, como recién pulido, con algo demasiado viejo

en la cabeza o en el pecho. Caminaba mirando el piso y en las esquinas me detenía y esperaba pensando qué nueva dirección tomar. A veces pasaba media hora indeciso, hasta que algún montón de gente me arrastraba como si ellos fueran viento y yo una vela de barco a la deriva.

Entonces se me acercó una joven y empezó a caminar a mi lado; me miraba y se reía. Tenía dientes parejos, algo traslúcidos, y el aspecto de una nadadora que recién deja la piscina. Usaba ropa deportiva y el pelo húmedo se le pegaba a la cabeza. Algo en mí se puso nervioso y seguí caminando con pasos rápidos. Me detuve en una esquina y ella, de repente, me invitó a tomar un café. Su voz suave me asustó y dudé porque temía que esto me impidiera volver a mi interior y modificara mi vida de una manera peligrosa. Permanecí quieto, sin mirarla, e imaginé en una pantalla fantástica un caracol sin caparazón; después vi la fuerza que parecía salir de los pechos fuertes que subían y bajaban con los pasos rápidos a mi

lado. Sentí un cosquilleo eléctrico en el cuerpo, pues había algo bueno en aquello. Así empezó la relación o el contacto con un mundo que no puedo entender.

Después de ese día seguimos viéndonos una o dos veces por semana. Luego fueron tres o cuatro días, o más. Al principio yo le pedía que hablara y la observaba todo el tiempo. Tenía el pelo rubio y largo hasta los hombros, y de lejos podía olerlo y sentir el perfume natural de su piel. Su piel no tenía fallas ni poros que se notaran ni en la nariz. Sus manos eran pálidas, de dedos rectos con uñas cuidadas y al natural. Cuando se echaba el pelo hacia atrás con un fuerte movimiento de cabeza, sus pechos daban un saltito y yo me quedaba paralizado por el misterio de dos botones chicos y duros que sobresalían de su blusa. Sus ojos marrones oscuros miraban con insistencia, muy abiertos, como si se alimentaran de mí. Con todo esto yo estaba conforme, y sin embargo buscaba alguna falla para tener un pretexto y decirle que no la podía ver más.

Un día le dije que no la podía ver siempre de tarde. Me pidió que la fuera a buscar a su casa a otra hora. Su casa era grande, y ella dormía en el primer piso. Yo tocaba el timbre y me atendía un viejo vestido totalmente de negro. Al principio cerraba la puerta, y yo quedaba afuera esperándola recostado en la pared. Después el viejo me hacía pasar a una piecita y yo me sentaba cuando él se iba. En una pieza grande frente a la silla de espera había una mesa larga y seis u ocho sillones ocupados por viejos

vestidos de negro muy parecidos al que me recibía. Todos me miraron a la vez, fijamente, el primer día, y después siempre hacían lo mismo. Luego giraban sus cabezas y permanecían quietos. Siempre así, todos a la vez dirigidos por una batuta invisible. Yo miraba hacia otro lado y de reojo buscaba algún tipo de movimiento o sonido, pero nunca oí ni una voz. No podía saber qué hacían o esperaban, y me volcaba hacia adentro para soportar mejor la presión de las miradas. No me explicaba por qué todos se vestían de negro y eran casi iguales. A veces les enfrentaba las miradas y a veces me imaginaba que era un caracol y dirigía mis pensamientos a sonarme la nariz con un pañuelo blanco que me cubría la cabeza. Con el pañuelo podía soportar diez o quince minutos imaginando que estaba en otro lugar riéndome y feliz. Después ella bajaba apurada con un sonido de pelota que baja una escalera, arreglándose el pelo o guardando algo en la cartera. Me daba un beso suave en la boca y nos íbamos. Aún no le preguntaba nada sobre su casa, porque tal vez era algo que no existía como mis ojos me lo decían. Pero en nuestras charlas siempre había algo que no se decía y estaba presente en primer lugar. Y era mi curiosidad, y la sonrisa de ella que parecía leer mi mente. La sonrisa era tan hermosa que se daba el lujo de despreciar a la curiosidad.

Caminando, a veces decidíamos sentarnos en algún banco de parque o de cine. Entonces yo abría la boca continuamente para ponerme a tono de la gente que nos rodeaba. En estos momentos su corazón se sentía

más feliz por estar a mi lado, aunque apenas mostraba la línea recta de su dentadura. El brillo de sus ojos aumentaba la fuerza que nos unía. En los parques yo daba unos saltos en el pasto, unos aullidos, y después abría la boca un buen rato, miraba a la gente y hacía gestos de aprobación. Siempre recibía una respuesta semejante y gritos de admiración. Volvía, me sentaba al lado de ella y sentía sus ojos grandes fijos en los míos y su mano buscando mi mano. Cuando nos alejábamos, algunas personas abrían la boca y se inclinaban ante nosotros. Hasta que un día le dije que no podía seguir perdiendo más tiempo, o que simplemente me había aburrido de las salidas que no cargaban nada a mi interior. Agregué que no podía seguir ignorando en qué casa vivía ella, y aún más, debía saber si tenía algún defecto que a mí me resultara imposible soportar por principios que llevaba adentro y debía respetar forzosamente. Argumentó que ya la conocía. Pero insistí, a pesar de sus ojos húmedos y su mano temblorosa. Le dije que no estaba dispuesto a salir con alguien a quien no conocía por dentro. Le conté que en un momento de mi vida me daba vuelta como un calcetín que se guarda en sí mismo; por eso tenía tanta habilidad para soportar el absurdo y sintonizarme con la gente. Ella podría completar el par de calcetines y yo tenía que saberlo. Al fin, me dijo que no me podía explicar lo de su casa porque no había nada que no se viera, y no había solución. Pero accedió a presentarme a los viejos de negro. La apuré y no pude conseguir más que una prome-

sa para el futuro, porque todavía no era la hora. “En cambio —me dijo lentamente, mirándome con un temblor—, iré donde quieras”.

El único lugar donde yo no abría la boca era en mi pieza. En un lugar así cualquiera puede iniciar algo bueno. La invité a conocer mi pieza, tomar un té y hablar sobre algunos asuntos comunes. Después la acompañé hasta su casa. Me sentí mejor por la nueva situación al librarme de estar mucho tiempo fuera de mi ambiente. Solamente me descubría al ir a buscarla y después al llevarla y regresar. Mis esperas en su casa siempre eran iguales. Había días en que me ponía anteojos de sol y una gorra, y otras veces simplemente usaba el pañuelo grande. También hubo días en que me sentía fuerte, cruzaba las piernas y ponía cara de estar bostezando asqueado de todo y como si ya no le diera importancia a nada tan estúpido como las miradas de los viejos. Así iba cargando estos enfrentamientos impertinentes e inútiles. Esperaba que en cualquier momento ella me presentaría a los viejos y éstos ya no me miraran más.

Dos o tres semanas después de conocer mi pieza, ella me dijo que el momento estaba muy cerca. Tomábamos té sentados frente a frente en las sillas de madera. Ella me lo dijo y de repente se levantó y apagó la luz. Me pidió que terminara el té y que no me preocupara. Me quedé quieto sintiendo la caricia del té en el esófago. Entonces vi en la oscuridad y encima de mi cama la forma algo vaga de unos labios fluorescentes. Estaban casi quietos y en posición oblicua. Al prin-

cipio pensé que ella se había pintado con algo fluorescente. Después me dijo que encendiera la luz. Estaba desnuda, hincada sobre mi cama, sonriendo avergonzada, con las manos superpuestas sobre el pubis rubio. “Ahora, apágala”, me pidió. Lo hice y me desnudé. Mis manos se pusieron torpes y me saltaba una vena en el cuello. Me hincé en la oscuridad frente a ella, y esperé oyendo las respiraciones. Ella me dijo que la tocara y la toqué algo crispado, y entonces ella me tocó. Así estuvimos mucho tiempo hasta que dijo: “Ya es muy tarde”. Durante ese tiempo observé de cerca la forma brillante de los labios, como a la altura de su cuello. Esa noche no quise tocarla allí y tampoco le dije nada. Estuve sintiendo el calor de su aliento puro y de su piel en la piel de mis dedos.

Después de algunos días en los que siempre hacíamos lo mismo cada vez, sintiendo raros deleites, decidí tocar los labios fluorescentes. En la base de su cuello, parecían la marca cruel dejada por alguien desagradable. Ella se rió y me preguntó si estaba aburrido de acariciarla. O no sabía nada sobre aquello o lo disimulaba muy bien. Empecé a luchar con mis ideas de volverme a guardar para protegerme de algo malo que podría llegar a saber y que modificaría mi idea sobre ella, destruyéndola para mí. Al fin, ella lo notó y me dijo que quería irse porque sentía un malestar. Encendí la luz y al rato la acompañé en silencio. Al dejarla en su casa, le dije que no podía seguir sin saber nada sobre su vida y qué hacían aquellos viejos. Realmente pensaba

otra cosa y en otras posibilidades y me interrogaba sobre mi derecho a hurgar en el interior de otras personas. En todo caso, si lo que yo había imaginado no era lo justo, o no encajaba en los moldes de la realidad que yo había construido, no era culpa de ella, sino de mi mente o de mis mecanismos. Pero ella me apretó la mano y me dijo que estaba bien, que yo había visto bastante. “Mañana será”, me dijo.

Al día siguiente me compré una corbata y me vestí como un ciudadano. Llegué y me senté como siempre. Los viejos me miraban fijamente y saqué mi pañuelo. Estaba nervioso y me soné la nariz. Me pasé el pañuelo por la frente, por los ojos, y al fin me cubrí toda la cabeza con él y me quedé quieto. Oí los pasos rebotando en la escalera y guardé el pañuelo. Ella sonreía y sus labios estaban pálidos. Me paré rápidamente y la besé. Me hizo esperar un momento y se ubicó entre mi cuerpo y la puerta por la que miraban los viejos. Por decir algo, le pregunté si se sentía bien. Apareció el viejo que abría la puerta y preguntó si queríamos pasar. Abrió una hoja de la puerta y con una inclinación bastante servil nos dio paso. Al entrar vi que los viejos eran siete y estaban parados a un costado de la pieza, casi en fila, preparados para el saludo. Ella se adelantó siempre sonriendo. El primer viejo era el más alto y parecía ser el más importante. Hablaron en voz baja y no pude oír nada. Ella volvió a mi lado, me tomó de una mano y me llevó frente al viejo alto. Éste se agachó y me dio de repente dos besos fuertes, uno a cada lado

del cuello. No me dijo nada. Me quedé quieto esperando alguna palabra aclaratoria. Después el viejo le hizo lo mismo a ella y se retiró a sentarse a la cabecera de la mesa. De inmediato los otros seis viejos se pusieron a hacer lo mismo en orden y silencio. Simplemente me hacían una reverencia leve, inclinándose, y me besaban los costados del cuello. La miré a ella varias veces, pero no me miraba y me vi solo, raramente burlado. De pronto sentí un suave chupón diferente a los besos pegajosos. Di un respingo, bastante sorprendido, y vi pegada a mí, la cara ajada y roja del último viejo de la fila, que era casi un enano. Entonces todos se rieron al unísono y, cuando el último se sentó con esfuerzo en la silla tan alta para él, todos miraban en silencio el centro de la mesa, como si hubieran vuelto de un entierro. Así se quedaron hasta que ella me tomó del brazo y me condujo a la puerta. Yo estaba pensando alguna manera de decir lo que pensaba, y vi al salir de la pieza al viejo portero que nos miraba con una sonrisa socarrona, inclinándose como un lacayo. La miré y de nuevo no encontré su mirada. Metí la mano en el bolsillo y saqué mi pañuelo para secarme el cuello. Recién me di cuenta de que la saliva chorreaba como mermelada por mi saco. Me desprendí el cuello y me pasé el pañuelo por adentro. Aún sentía el chupón del viejo enano. La mano de ella me pujaba y salimos rápidamente. En mi pieza nos desnudamos y nos duchamos con la luz apagada. Estuve una hora bajo la lluvia para sacarme la mermelada que se me había deslizado por la piel y es-

taba seca como pintura. Recién entonces ella me habló y me dijo que esperaba que ahora estuviera conforme. No le dije nada.

Una semana después estábamos hincados frente a frente en la oscuridad y ella dejó de acariciarme; me pasó lentamente dos dedos por el cuello. Le pregunté si ya estaba cansada y oí su risa. "Ahora medimos lo mismo", dijo. Cuando volví de acompañarla a su casa, fui directamente al baño y apagué la luz. Allí estaban los labios y en una pantalla de cine vi a un enano viejo y rosado colgando de mi cuello como un vampiro. Pero no me dolía, y los labios desaparecían cuando la luz regresaba. Era casi como una marca virginal entregada a la íntima oscuridad. De mi piel salía una luz que atravesaba mis dedos. Traté de tapar la marca con cualquier cosa, pero fue inútil. Ya estábamos iguales los dos, y lo que yo había pensado sobre la señal de su cuello y sus causas ya no tenía demasiada importancia. O no era la prueba de nada que la destruyera sin destruirme a mí a la vez; destrozados los dos así, seguiríamos juntos e iguales. Yo creía saber bastante de ella y le decía muchas cosas de mi vida; aunque a ella no le importaba mi vida. Esto no me sorprendía, y tampoco podía comprenderlo, pero para ella era una ventaja. Yo, en cambio, quería saber todo sobre ella, quería absorber su vida pasándola a mi interior y hacer un número uno sin fisuras, que viajara en la eternidad del espacio. Esperaba que, cuando yo me diera vuelta hacia adentro, ella continuara mi movimiento y fuéramos una partícula unificada.

Todas estas posibilidades eran lo que yo pensaba desnudo frente a su desnudez, horas en la oscuridad sin que me doliera un músculo o tuviera un motivo para cambiar o variar el contacto. Ella sentía lo mismo y yo lo percibía en la piel de sus manos que me tomaban llevándome a doblamientos y desdoblamientos más allá de los sentidos posibles.

Pero un mal día noté, con una repentina crispación, que la marca fluorescente de su cuello se había borrado. Así, de pronto. La busqué con dedos temblorosos, en silencio, pero no quedaba nada. Todavía hoy mi cerebro parece un idiota cuando le pido explicaciones. No dormí ni descansé hasta que al otro día fui a buscarla como siempre, con una sensación extraña en la mente. El viejo me dejó pasar y esperé horas. Esperé tanto que entré en un sueño vacío y helado. Sentí que me sacudían. Era ella, ya muy tarde, tal vez de madrugada. Recibí un beso suave en la boca y me llamó "pobrecito". Me dijo que venía del gimnasio y que me vería al día siguiente. Estaba cansada y quería dormir. Yo me sentía cansado, contrariado y con frío, pero me callé y me fui algo aliviado, como si la fiebre hubiera pasado.

Al día siguiente ocurrió casi lo mismo, pero me despertó el viejo y me dijo que sería mejor que me acostara en el suelo si quería más comodidad. Le agradecí y me eché en el piso. Mis mejillas se humedecieron un poco, y se secaron, hasta que de madrugada alguien me pateó; esperé más, pero debió ser un castigo de mi imaginación. Me quedé escuchando por si re-

botaba algo en la escalera, pues era aún tan vivida esta sensación; pero tampoco oí nada. Me fui al amanecer, golpeándome los hombros contra las paredes para olvidar el frío que me iba tomando lentamente deseando la perpetuidad.

Regresé al atardecer y seguí regresando durante un mes, y otro mes, todos los días. Le pedí permiso al viejo portero para llevar un colchón chico y una frazada. Cuando no soportaba más las miradas de los viejos, que ahora tenían expresiones de burla, me echaba en el suelo con la cara hacia la pared y la cabeza tapada con el pañuelo. A veces me salían lágrimas indignas y gemidos sofocados tras los recuerdos, pero todo quedaba absorbido por la tela del colchón. Al fin, un día el viejo más alto me llamó a una pieza vacía y me habló directamente. Nadie había tenido coraje para decírmelo antes. Igualmente, me dijo, como yo era todavía uno de ellos, podía seguir yendo allí cuando quisiera; la casa era mía. Regresé despacio a mi pieza y pasé la noche imaginándole escapes a mis sentimientos. Me volcaba hacia adentro, pero no me servía. Me miré infinidad de veces el cuello y la marca seguía muy brillante. Decidí mitigar poco a poco el dolor porque quería seguir dentro de un mundo que permitiera mi vuelco interior y la creación de cosas que valieran por sí mismas, incapaces de irse por cualquier cloaca o descomponerse con el aire del tiempo.

Y seguí yendo todavía diariamente a su casa y, después de unas semanas, cada tres días, y luego cada

sábado, hasta que un día me miré en el espejo y no vi ninguna marca allí. Sentí, erizado, que mi cuerpo florecía, muerto por una terrible enfermedad extraordinaria. Entonces pude pensar en su rostro y su sonrisa sin miedo a que se abrieran las compuertas vergonzosas de mis lacrimales y el agua salada inundara mi vista. Podía pensar en todo mirando hacia mi interior, me daba vueltas a mí mismo y me sentía seguro de mi unificación final con mis mecanismos internos.

Después, durante demasiado tiempo, seguí yendo a su casa los sábados por la noche con el colchón bajo el brazo. Lo extendía al lado de la silla y me quedaba esperando sentado hasta que el sueño me tumbaba. Esperaba la na-

da con los ojos secos y atentos. Y a veces esa nada tenía la forma de jubilosos pasos que, bajando la escalera, corrían hacia mí. Luego me reprochaba el gozo espurio de aceptar esa situación, a consciencia, y sentir a la vez en el corazón una enfermiza —o enigmática— clase de agradecimiento a la vida por sus maravillosas combinaciones.

Al fin, durante una repulsiva noche de calor, revolviéndome en la invisible y pegajosa ciénaga de recuerdos e ilusiones, me afirmé en lo que me restaba y le retiré mi corazón a este mundo.

© TARIK CARSON, 1986.



TARIK CARSON DA SILVA
(República Oriental del Uruguay —Rivera, 1958—)

Vivió unos años en Montevideo antes de afincarse en Buenos Aires (República Argentina). Su producción se publicó en medios de Uruguay, la Argentina, México, España y los Estados Unidos de América y obtuvo diversos premios en varios de esos países. Escribió los libros de cuentos *El hombre olvidado* (Montevideo, Géminis, 1973) y *El corazón reversible* (Montevideo, Monte Sexto, 1986) y las novelas *Una pequeña soledad* (Buenos Aires, Filofalsía, 1986), *Ganadores* (Montevideo, Proyección, 1991) y *Océanos de néctar* (Buenos Aires, Axxón, 1992).

UNA FLOR

JUAN M. VALITUTTI

Entonces, lo supo.

Lisa y llanamente, el CLN con código TTI-WZ000-Q4 supo en ese momento —mientras se detenía a metros de alcanzar la banquina opuesta de la calle— que el señor Juan Manuel Valitutti, residente geriátrico de una lujosa casa de descanso en el barrio de Nuevo Caballito, acababa de morir.

“Es una intuición”, se dijo, y se rió. E inmediatamente se sintió culpable.

“¿Debería estar feliz porque experimenté algo que nunca antes había sentido, o triste... porque el Original del cual me duplicaron se ha ido para siempre?”

—¡Señor! —La amonestación peyoratoria de un oficial—. ¡Sí, usted! ¡Camine! —El transeúnte descuidado completó su trayecto—. ¿Acaso no vio la señal? Entrégueme su identificación, por favor. —El oficial revisó el documento guiado por una corazonada: cuando halló el sello revelador, buscó los ojos del infractor—. ¿Conque Clónico, eh? —El interpelado asintió—. ¿A dónde se dirige? —El oficial se adelantó y aguzó el oído—. ¿A

dónde, dijo? ¡Oh! Ya veo... —El oficial cerró el documento y lo reintegró a su dueño—. Bien, lo dejaré ir... en vista de las circunstancias. Pero, aun así, debería prestar más atención a las señales de tránsito, ¿no lo cree?

El CLN prosiguió su camino. ¡Originales! ¿Qué se creen? Se desentendió del asunto como de un mal sueño y se detuvo ante un puesto de flores. Compró un copioso ramo de rosas. La vendedora le guiñó un ojo.

—¿Para su enamorada, joven? —inquirió, divertida.

—¡Oh, no, es para un caballero! —respondió el CLN, muy serio.

La vendedora le cerró la persiana en la cara.

“Deberían hacer algo con ciertos Originales, creo yo”, concluyó el CLN, mientras se alejaba a paso redoblado.

Entonces la culpa lo alcanzó nuevamente. Miró a izquierda y derecha, compungido. Consultó su mapa-pulsera. “Confitería”, pronunció sobre el aparato, alargando las palabras. Tenía suerte: había una tienda a pocas cuadras de distancia.

Compraría una importante caja de bombones.

Su mujer lo recibió con un abrazo y un beso.

—Tuve un sueño, anoche... —comenzó él, mientras se desembarazaba del abrigo y del maletín—. Por supuesto, no lo entendí. Ya sabes cómo es: no quiero aburrirte con el tema de los sueños de los clónicos, y de la importancia de su análisis en las sesiones de terapia... —El CLN miró a su mujer—. Pero pasó algo hoy, cuando salía de la oficina... Cruzaba la calle y supe, realmente supe, por qué había soñado con flores. —El CLN comenzó a retirar el ramo de su envoltorio—. No necesito de la terapia para...

—¡Oh, mi amor! —La mujer le rodeó el cuello—. ¿Son para mí? —Las lágrimas le anegaban los ojos—. ¡Por supuesto que no necesitas de la terapia, mi amor! Le dije a esa odiosa de al lado que los clónicos no se diferencian de los humanos en lo más mínimo y... —La mujer observó el paquete que el CLN retiraba de debajo de su abrigo—. ¿Y esto? ¿Bombones? —La mujer se echó a reír, embriagada de felicidad—. ¡Me fascinaría que la gorda ésa viera lo caballero que eres! Se-

guramente su marido, que es humano... Quiero decir... Tú también eres humano, claro... —La mujer se sintió torpe, y se llevó un bombón a la boca. Dejó la caja a un lado y se dirigió a la cocina—. ¡Ponte cómodo, mi amor; cenaremos enseguida! —Volvió con un jarrón y lo presentó con las flores en el centro de la mesa. Rodeó a su marido por la cintura y tomó el teléfono. Se escabulló nuevamente a la cocina para marcar el consabido número de la vecina.

El CLN no perdió tiempo. Se colocó su abrigo, tomó una rosa del jarrón y salió a la calle. Consultó su mapa-pulsera: "Necrológicas", dijo, modulando lentamente. El dispositivo pasó revista a los avisos fúnebres publicados ese día. Eran muchos, demasiados. El CLN activó una ventana opcional: "Valitutti, Juan Manuel" + "Velatorio" + "Restos mortales". En poco tiempo estuvo en posesión de la dirección exacta.

El CLN se alejó calle abajo, silbando una tonada para él desconocida, mientras la flor comenzaba a secarse en sus manos.

© JUAN M. VALITUTTI, 2008.

JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Profesor de Lengua y Literatura, egresado en la carrera de Letras por la Universidad de Buenos Aires, colabora como evaluador en la revista **Axxón**, donde también publicó algunos cuentos.

CONDENADOS

OSCAR BRIBIÁN

Tardamos dos días en encontrar el camino. Hasta entonces habíamos venido los dos solos, mi amigo Juan y yo, desorientados y sedientos, pero desde allí comenzamos a juntarnos con otros viajeros errantes que salían de todas partes y desembocaban como nosotros en aquella carretera ancha de tierra y polvo. No sabíamos qué hacíamos allí y nadie respondía a nuestras preguntas. Todos hablaban para sí mismos, pero ninguno quería comunicarse con los demás. Yo tenía un brazo roto que no me dolía, y Juan cojeaba de una pierna y mostraba toda la cara cortada como a machetazos, pero no sangraba. Todo era extraño.

Después de muchos días de caminar sin encontrar ni una sola sombra de árbol seco, ni una planta, ni una raíz o un brote de mala hierba, oímos el ladrar de los perros. Hasta entonces nos habíamos convencido de que aquel camino, que atravesaba un pedregoso desierto de llanuras rajadas de grietas y salpicadas por cerros pelados, verdaderamente no tenía fin y no

albergaba población alguna. Pero sí la había. El ladrido de los canes se oía desde lo alto de una ladera que se elevaba a un lado del camino, y al escuchar a los perros entendimos que más allá, salvando la pendiente, encontraríamos quizá un pueblo. Así que los que éramos más jóvenes, desoyendo los consejos de los más ancianos, comenzamos a ascender la loma alejándonos del camino con la esperanza de encontrar hogareños amistosos que nos orientaran y ofrecieran un buen plato de comida. Ya soñábamos con las jarras de agua fresca y la espumosa cerveza cuando coronamos la cima y nos encontramos con dos únicos cobertizos semiabandonados, con la madera corroída y los portones cerrados, y más allá una cerca de espinos y alambre donde vivían encerradas las jaurías que habíamos escuchado. Llamamos a la puerta de uno de los cobertizos, con la esperanza de encontrar algún habitante; el cuidador de los perros, tal vez. Al instante nos atendió un hombrecillo, abriendo la puerta con un lento chirrido y mirándonos desde

su altura con hosquedad. Era un individuo canijo y encorvado, con la piel tostada por el sol del desierto y el rostro cubierto de forúnculos ponzoñosos, verrugas y sangre seca. El hedor que desprendía provocaba vértigo a los sentidos. En cuando traté de presentarme, el hombrecillo se giró sobre sí mismo y gritó algo en su lengua, una lengua pérfida y viperina, tránsito entre el ladrido de un perro y el siseo de una serpiente. Y de esta forma nos vimos perseguidos por un grupo de hombrecillos que salieron furiosos del cobertizo, armados con arcos y lanzas. Nos corrieron y huimos de vuelta hacia el camino. A Juan lo abatieron fácilmente debido a su cojera, antes de que comenzara a descender la loma. Los demás llegamos ahogados por el esfuerzo y el miedo. No lloré por Juan; tal vez tuvo suerte.

—¿Qué eran esos seres? —pregunté al más anciano de cuantos andaban a nuestro lado.

—Son los guardianes —musitó. Era la primera vez que alguien respondía a mis preguntas—. No conviene alejarse de los caminos, ni hablar sobre ellos, o Él nos convertirá en ceniza.

Y no volvió a pronunciar palabra. Nadie hablaba con el transcurso de los días. Arrastrábamos nuestros cuerpos cansados como almas en pena que éramos. Un día otro de los ancianos rompió el silencio y confesó estar cansado de arrastrar sus pecados:

—Necesito terminar con esto. Necesito llegar ya.

—¿Llegar a dónde? —pregunté—. ¿Qué pecados arrastramos?

El anciano me miró sorprendido.

—¿Todavía no comprendes por lo que estás aquí, joven? —susurró.

Negué con la cabeza.

—No has bebido agua desde hace semanas, ¿cierto? Y sin embargo tienes la misma sed que el primer día en que apareciste en este mundo. Y no padeces de sueño pero sí de un incurable cansancio.

—Y tampoco tengo hambre, aunque querría saborear una buena comida.

—Estamos aquí para pagar por lo que hemos hecho en vida. Cuanto más graves han sido tus pecados, más camino deberás recorrer en este mundo antes de rendir cuentas ante Él. Yo vengo de muy lejos, pues asesiné a mi mujer con un cuchillo.

Traté de recordar, aunque al principio no me fue fácil porque todo había sido muy rápido. Estaba participando en una carrera nocturna por las calles de la ciudad. Mi deportivo tronaba con sus doscientos caballos a toda potencia, pugnando con el de un colega que conducía un flamante BMW negro. La *farlopa* me aceleraba el corazón y excitaba mis sentidos. A mi lado Juan me increpaba desde el asiento del copiloto para pisar más a fondo y ganar la carrera, mientras subía la música a todo volumen y bajaba las ventanillas para anunciar nuestra llegada a la avenida principal. Íbamos tan deprisa que los demás conductores apenas podían seguirnos con la mirada. A la altura del último cruce un chaval atravesó el paso de peatones, obstaculizando justamente mi trayectoria. No tuve tiempo ni espacio para evitar la tragedia. Pisé el freno a fondo, las ruedas chirriaron

hasta quemarse pero el viandante recibió un impacto mortal mientras yo giraba el volante para tratar de esquivarlo en vano, estrellándome contra una farola. Cristales rotos y hierros retorcidos, sangre por todos lados. Me golpeé la cabeza contra el volante. No llevaba puesto el cinturón de seguridad. Juan tampoco, y salió despedido por el parabrisas. Por eso tenía toda la cara rasguñada y cortada como a machetazos. Los cristales le hicieron eso.

—¿Quién es Él? —pregunté.

—Quien pronuncia su nombre se convierte en ceniza —concluyó el anciano, temeroso de mi pregunta y alejándose de mí con sigilo.

No había sol en esa tierra maldita, sólo la eterna luz crepuscular que se escondía tras una lejana cordillera, negra y dentada como una sierra oxidada. De tanto en tanto veíamos a algunos que los habían colgado alto de los pies en un mástil largo, y allí estaban padeciendo mientras los buitres se los comían por dentro, sacándoles las vísceras, hasta dejar pura cáscara de pellejo y ropas. Y allá estaban meciéndose al sople del viento, un viento

que traía un rumor constante, como el lejano mugido de un animal moribundo.

Al cabo del tiempo divisamos a lo lejos el imponente castillo negro de quien todo el mundo hablaba pero temía pronunciar su nombre. Todos levantamos la cabeza y miramos una nube negra y pesada que amenazaba. A medida que nos acercábamos se escuchaban más profundos los lamentos de quienes sufrían en las mazmorras. Era allí donde estábamos destinados contra nuestra voluntad, y sin embargo todos nos acercábamos, obedeciendo a un poder superior que dominaba nuestros pasos. Los grandes portones de acero permanecían siempre abiertos para dejar paso a la interminable hilera de condenados. Al pasar bajo el umbral sentí cómo las gárgolas esculpidas en piedra vigilaban nuestra marcha con la mirada embrujada. Finalmente entré en el castillo de nuestro Señor. No pronuncié su nombre por temor a convertirme en polvo.

© OSCAR BRIBIÁN, 2008.

OSCAR BRIBIÁN LUNA
(España —Huesca, 1979—)

Director de la revista literaria **Oxigen** (www.revistaoxigen.com) y miembro de la asociación de escritores "Nocte" (www.nocte.es), reside en Zaragoza.

Fue finalista en el I y II Certámenes de Relatos Domingo García 2002 (**Nitecuento**), 2º Premio en el XVII Certamen Internacional de Narrativa Breve Villa de Iniesta (2007) y seleccionado en la VII y IX Muestra Poética Picarral (Zaragoza). También fue corresponsal en el exterior de la revista internacional colombiana de ensayo, narrativa y poesía **Rampa**.

Autor de relatos, artículos, poemas y de varias novelas, publicó en múltiples antologías y revistas, tanto en papel como en formato electrónico.

CELOS

FEDERICO G. WITT

No entiendo por qué le quieren más que a mí. Yo soy más guapa, más lista y mayor que él. Llegué antes y me merezco más el cariño de papá y mamá. Miguel es un niño mimado, con su carita de muñeco y sus colores en las mejillas. Es un niño que no tiene nada de particular, un niño sin interés. Mi hermano nunca fue listo ni se mereció nada. Si al menos supiera hacer algo bien...

Siempre se levanta muy tarde y lo hace todo muy despacio. Este niño es desesperante. Desayuna tirándolo todo; es torpe, patoso y sucio. Le regaño y no me hace caso. Si zarandeo su plato se echa a llorar y mamá viene y le consuela... Y a mí, nada. Ni me miran. Como si no existiera.

Mi hermano Miguel siempre está yendo al médico. Mamá dice que está muy malito y que nadie sabe por qué. En realidad no parece estar malo; ya os he contado que tiene las mejillas sonrosadas y la cara regordeta. Papá dice que Miguel está mal de algo de la cabeza. A veces mamá se pone muy seria y muy triste y me habla, aunque

no a la cara sino que mira por la ventana, al jardín, como si yo no estuviera a su lado: "Tienes que cuidar mucho al nene. Te necesita mucho. Prométeme que le cuidarás y que nos ayudarás", me dice, y sus ojos se llenan de lágrimas. Y yo entonces me acerco y le respondo muy bajito que sí, que les ayudaré, que seré buena, que lo prometo; pero creo que ella no se da cuenta porque en seguida vuelve con él a cuidarle y a hacerle mimos. Y yo me tengo que quedar a un lado, en segundo plano, como siempre.

He intentado ayudar. Un día iba a decirle que le quería mucho. Le encontré en mitad del pasillo. Miguel me miró y se detuvo. Luego intentó pasar corriendo por mi lado pero yo me puse en medio y no le dejé pasar. Se tuvo que parar. Le grité que me escuchara y se echó a llorar, cogió un berrinche y una pataleta. Sé que quería llamar la atención y acusarme para que me castigaran. Es un chivato. Gritaba tanto que tuve que taponarle la boca para que no armara tanto escán-

dalo. Entonces se tiró al suelo y pataleó con más fuerza todavía. Y claro, vinieron papá y mamá y, en lugar de regañarle, como harían conmigo si yo hiciera lo mismo, le cogieron en brazos y se lo llevaron a su cama. Y no paraban de darle besos. Y encima ese día no fue al colegio. Para colmo, ellos no me dirigieron la palabra. Siempre consigue que le hagan caso y que me ignoren.

No entiendo por qué le prefieren a él. Yo estaba primero. Sé que Miguel se hace querer por culpa de su enfermedad. Sé que se aprovecha de ella. A veces papá y mamá le preguntan qué tal está, si le han vuelto a ocurrir esas cosas malas. Él siempre dice que sí, aunque sea mentira. Yo lo sé. Sé que no es verdad lo que dice, porque le vigilo. Es un niño muy mentiroso. A veces habría que castigarle mucho; de hacerle daño, para que aprenda. Me dan ganas de pegarle muy fuerte para que se dé cuenta de que es muy malo. O de darle una lección, como aquella vez...

Un día, cuando era más pequeño y aún me hablaba, le llamé y le dije que mirase en el cobertizo; que había un juguete suyo al fondo. Desde que se dieron el susto conmigo tenemos prohibido acercarnos a ese sitio, pero mi hermano es demasiado cabezota y siempre se quiere salir con la suya. Además, como nunca le castigan, no tiene nada que temer. Por eso cuando le llamé no se lo pensó y me hizo caso. Siempre me hacía caso hasta aquel día, aunque a veces me miraba, como ahora, con desprecio, porque sabe que es el preferido de papá

y mamá. El caso es que metió su cabecita poco a poco. Luego empezó a entrar muy despacio. Cuando ya estaba casi dentro, le empujé muy fuerte. Se cayó, se dio un golpe y estuvo malito muchos días. Papá y mamá dicen que fue entonces cuando se dieron cuenta de su enfermedad, o que quizá a partir de aquello empezó a estar mal de su cabecita. Esa cabecita redonda y su carita sonrosada... ¡Qué rabia me dan!

De todos modos no me tiene miedo, aunque él diga que sí. Sé que lo hace para que mamá y papá le protejan y me odien. Sé que quiere apartarme de ellos. Quiere quedárselos para él solo. Y que yo me tenga que ir muy lejos. A veces consigue que ellos lloren; por eso le odio tanto. Nunca dejo de vigilarle, siempre voy con él y algún día conseguiré que todo el mundo se dé cuenta de que no está enfermo, de que lo que pasa es que es muy malo y ha conseguido que nadie me quiera. Pretende que todo el mundo me ignore y me aparte... y quedarse con todo el cariño de mamá y papá.

Pero pienso seguir vigilándole. Llegará el día en el que cometa un error y entonces todos comprenderán que la buena soy yo y que él es despreciable. Llegará ese día, muy pronto. Lo prometo. Y le regañarán, y yo me reiré y se lo restregaré por la cara, y ellos me querrán más a mí, y le pegarán mucho, mucho, con mucha fuerza, y le castigarán y le dejarán sin comer.

Miradle, cómo sube las escaleras hacia su cuarto, caminando con esos andares patosos, como el niño torpe y tonto que es. Vuelve la vista para ver si le estoy siguiendo, porque sabe

que me da rabia que vaya a dormir a esa habitación que era mía y que él me quitó con sus artimañas de niño mimado. Pero volverá a ser mi cuarto muy pronto, y cuando lo sea no tendré que conformarme con regresar cada noche a mi habitación de la parte de atrás del jardín, donde me tienen castigada.

Todo será como cuando él aún no había nacido.

Mamá vendrá a mi cuarto sonriendo por las mañanas. Y me dará muchos besos. No me despertará

más con sus llantos, como cuando me trae las flores a hurtadillas. Sé que ella me quiere, aunque el resto del día tenga que disimular por culpa de Miguel. Pero, cuando todo se solucione, será él quien tenga frío y miedo. No dormiré más en esa cajita de madera, fría y húmeda, que me ahoga. Papá y mamá le castigarán y me volverán a dar besos, como antes de que se me clavara aquel gancho en el cobertizo.

© FEDERICO G. WITT, 2008.



FEDERICO GUILLERMO WITT SOUSA
(España —Madrid, 1967—)

Doctor en Biología, dedicó quince años al estudio del metabolismo fotosintético de las algas. Tras vivir en Madrid y en Heidelberg, en 2005 fijó su residencia en Córdoba (España). Escribió numerosos artículos en revistas científicas y es coautor de una patente internacional.

Desde 2006 se introdujo de lleno en el mundo de la ciencia ficción, en actividades como la escritura y la administración del **Portal de Ciencia Ficción** (<http://www.portal-cifi.com/scifi/>).

Publicó cuentos en **Axxón**, **Crónicas de la Forja**, **Efímero**, **NGC 3660** y **Alkubia** y no deja de agradecer a sus compañeros del taller “Los Forjadores” los consejos para la elaboración de este cuento.

Hice lo que hice porque la quería más que a nada en el mundo, sólo por eso y porque no soportaba el destino que otros habían escogido para ella. Envenenada, tetrapléjica por oxidación ponzoñosa, la Bella Durmiente y su profecía adjunta esperaban en la torre de cristal al borde mismo del abismo de esas Montañas de la Locura no tan metafóricas como yo hubiese deseado. ¿Y qué puede hacer un trovador cuando se emperra en topar de frente con lo designado por una entidad que le supera en mucho? En el momento en que emprendí mi aventura, salí hacia la torre de cristal, hacia los labios de la Bella y el regalo de su despertar, creí que bastaría con tener la suficiente pericia como para puentear el código fuente grabado en la piedra de la maldición, encontrar una entrada de servicio a la magia anaeróbica del envenenamiento por envidia que retenía a la pobre chica en su bucle onírico y vacío, hacer lo mío y largarme en un santiamén.

Así, el proceso de infección por leyenda líquida parasitaria al que me había sometido voluntariamente en los tanques de inmersión ficticia de la Facultad de Filología de la Universidad Central de Ciudad del Cabo, había acabado por inyectarme de un modo nada sutil en el otro lado del espejo, proporcionándome una amplia ventaja y dándome la posibilidad de que fuese yo, sólo yo y nadie más que yo, el elegido para despertar a la Bella; el Único, el Paladín.

Pero las capciosas líneas argumentales sobre las que se asientan los arquetipos de los cuentos populares rara vez conciben la posibilidad de maniobras de intrusión que bifurquen la trama hacia otros continuos alternativos. Los multiversos no gustan a la tradición de transmisión oral; ésa fue una de las cosas que descubrí demasiado tarde.

Me hallaba justo a los pies de la torre, en cuyo piso más alto esperaba la Bella Durmiente atrapada en su jaula de sueño, cuando me asaltó una incómoda sensación de haber metido

la pata hasta los sobacos. Ni en el cuento original, ni en sus posteriores adaptaciones edulcoradas y disneyanas, se hace mención alguna a un guardia apostado a las puertas de la Torre de Cristal. Y sin embargo allí estaba: un gigante de ocho brazos, torso desnudo y pantalones de cota de malla, portando cuatro afiladísimas cimitarras en sus cuatro manos derechas, que me miró de arriba abajo y, dando un paso lateral, se interpuso entre la puerta y yo, negándome el paso.

—Da la vuelta, extranjero —dijo. Su voz sonaba aflautada y melancólica, en absoluto como cabría suponersele a semejante bestia fantástica—. Aquí no hay nada que ver.

—Vengo a despertar a la Bella —imprequé, tratando de sonar decidido.

El gigante repitió su escrutinio. Por el modo en que se le arrugaban las mejillas y la frente, y sus cuatro brazos izquierdos se relajaban, deduje que estaba a punto de echarse a reír. No me extrañó en absoluto.

Póngase el lector en el lugar del otro: es usted un ser aproximadamente antropomorfo de tres metros de altura, armado, su voluntad y libre albedrío atrapados en la dinámica estanca de un cuento de hadas más o menos moralizante, reducido su protocolo de actuación a la fórmula “guardia de la maldición; sólo los dignos pasarán; si el pretendiente no posee un corazón puro, decapitación al canto”; y ahora pongamos que se le planta delante, con los brazos en jarras, un individuo delgado, apenas un metro y setenta centímetros de per-

sonilla en baja forma, fumador compulsivo desde los catorce años y bebedor profesional desde los diecisiete, vestido con unos pantalones cargo caqui con sus múltiples bolsillos repletos de cachivaches sin sentido y una raída camiseta negra con el logotipo de The Clash estampado en el pecho...

La carcajada del gigante resonó en la cordillera formada por las Montañas de la Locura como un preaviso de avalancha. Pateó el suelo, creando pequeños seísmos que me encogieron el estómago. A mandíbula batiendo, como suele decirse, preso de la risa histórica, boqueé unas palabras:

—Hombrecillo, hombrecillo... Jua, jua, jua, jua... Ridiculeces como tú hacen que los eones de infinito aburrimiento queden compensados con creces...

Hasta ahí estaba dispuesto yo a llegar. Eché mano de la Sig Sauer P228 que llevaba trabada en la cintura de los pantalones. Amartillar, apuntar y apretar el gatillo fue todo un mismo movimiento. El proyectil de punta hueca entró por el entrecejo del gigante y floreció en cuatro pétalos de aleación ligera al impactar con su cráneo, abriéndose paso, caliente y girando, hacia el interior, destrozando a su paso lo que fuese que el ser mitológico tenía por cerebro.

—Menosprecia eso, capullo —dije, en tono James Bond hasta arriba de esteroides, notando cómo una segunda bala entraba en la recámara de la pistola, lista para el remate, mientras el gigante caía de rodillas, levantaba una polvareda a su alrede-

dor y abría las puertas de la torre de cristal al apoyar su espalda sin vida en ellas.

¿Para qué andarse con chiquilladas durante una misión de infiltración y rescate?

Más tarde, mucho después de que los técnicos de la Universidad me sacasen del tanque de inmersión tras la segunda hemorragia subdural consecutiva, y me compensasen la sobredosis de ficción con un tratamiento intravenoso a base de adrenalina y anticoagulante para camiones, me enteré por mi sobrino pequeño de que aquel gigante de ocho brazos era uno de los secundarios añadidos a una reinterpretación ochentera de la historia de Simbad el Marino. En mi defensa debo decir que nadie me había hablado de semejante personaje, y que el hecho de que éste se encontrase precisamente allí, tan lejos de su nicho ecológico, demuestra que los *Übermenschen* que controlan el inconsciente colectivo habían sido advertidos de mi escaramuza y querían joderme a base de bien.

Desconociendo a qué me enfrentaba o no, en defensa propia o no, cabe puntualizar que mi primer asesinato de una entidad ficcional no me sentó demasiado bien. Me vi obligado a pasar por encima del cadáver del gigante para entrar a la torre y, una vez alcanzado el descansillo donde empezaban las escaleras que llevaban al piso más alto, una náusea me trepó por el esófago. Contuve el vómito dentro con todas mis fuerzas. No hay peor asquerosidad concebible que el echar el almuerzo sobre el entretejido psicológico del escenario de un cuento.

Subí las escaleras respirando hondo por la nariz y parpadeando mecánica y furiosamente, en un intento por espantar el recuerdo del guardia muerto de un solo y certero disparo. Abstraído, concentrado en mí mismo y un poco avergonzado como me encontraba, subiendo, no me percaté del aleteo que sonaba a un par de metros por encima de mi cabeza. Un chirrido ronco, un repiqueteo de uñas y un par más de aleteos bastaron para refrescarme la cabeza y devolverme la presencia de ánimo suficiente como para amartillar de nuevo el arma que aún llevaba en la mano derecha. Levanté la vista y hundí la mano libre en uno de los bolsillos de los cargo, buscando el modelo compacto de contador Geiger que había guardado junto con los dos cargadores extra para la Sig Sauer. Escudriñé a mi alrededor, bizqueando, tratando de localizar al artífice de los gruñidos, repiqueteos y aleteos, y conecté el contador, que inmediatamente crepitó con una lectura que indicaba niveles de radiación dentro de lo humanamente aceptable, aunque oscilantes, como si se estuviese a punto de producir una sobrecarga del núcleo en una hipotética maqueta hiperrealista de un reactor nuclear en la que alguien estuviese trabajando un par de tramos de escalones más arriba de aquél en el que me encontraba.

¿Esto último tiene algún sentido para usted, querido lector? De ser así, debe ser usted muchísimo más listo que yo, pues para mí, allí, en aquel momento, nada podía ser más imposible que lo que estaba viviendo. Después de todo, se supone que las criaturas que inventamos, los iconos

que pueblan las fábulas, las leyendas y cualquier otro disparate, no son entidades físicas cuantificables; de hecho, son mucho menos que humo, pensamientos sucios, por inútiles y desprovistos de propósito tangible, inocentes restos de desórdenes mentales no padecidos, por lo que no deberían, de ningún modo, tener signatura radiactiva alguna. Por supuesto, el lector podrá decir que, si nos ponemos a hilar tan fino, sería fácil descartar todo lo relatado hasta ahora; aún más imposible que el que un ser imaginario emita, proyecte o refleje ondas de radiación es que un escritor-zuelo de ciencia ficción se zambulla en un pedazo de esa realidad paralela que cada ser humano ha ido construyendo desde el albor de los tiempos a base de pura imaginación, pretendiendo llegar hasta la mismísima Bella Durmiente con intenciones poco o nada inocentes en mente (doy por sentido que conoce usted mi reputación, por supuesto), y liquidando por el camino a un gigante de ocho brazos con una pistola de fabricación suizo-alemana, pero le aseguro que todo esto tiene una explicación. Una explicación, sin embargo, basada en referencias cruzadas, secretos de Estado y complicadas y larguísimas fórmulas lógicas que, sin ánimo de ofender, en el mejor de los casos no entendería y, en el peor, le aburrirían soberanamente. Relájese, pues. Confíe en mí. No tengo ningún motivo para mentirle. Volvamos al relato que tenemos entre manos.

Estaba yo medio paralizado en la escalera que llevaba al último piso de la torre de cristal que servía de prisión

a la Bella Durmiente, pistola en mano, embobado y tratando de determinar de dónde provenían los aleteos y los chirridos y los repiqueteos de uñas que ahora volvía a oír, y cómo encajaban éstos con las caprichosas lecturas que arrojaba el contador Geiger.

—¿Hola? —le pregunté a la escalera, tan patético como carne de cañón en una película de terror de serie Z.

Obtuve como respuesta otro aleteo nervioso, esta vez algo más cerca de mi posición. El contador Geiger canturreó, crujiendo y alertado. Aferré la pistola con fuerza, dejé de subir peldaños en el siguiente descansillo y abrí las piernas para compensar el peso del cuerpo, articulando una posición de defensa parecida a la que siempre nos intentaba inculcar el entrenador de baloncesto de la escuela en la que cursé la primaria.

—No tengo tiempo para esta mierda —insistí, hablando solo.

—¡Grrraaaaaaakkkkkk! ¡Grak! —contestó la oscuridad sobre mi cabeza.

¿Un pájaro? ¿Eso era lo que había en la escalera, lo que había disparado por igual los sensores del contador de radiación y mis mecanismos biológicos de defensa-o-huida? ¿Sería posible que un animal de mi mismo plano de existencia, por accidente, se hubiese colado en el plano feérico-mítico, quedando atrapado precisamente en aquella torre de cristal? Demasiada coincidencia. Y aun así las fuerzas de la coincidencia son especialmente influyentes en el continuo espacio-temporal donde habita la fantasía. Visto de cierta manera, en

aquel lugar y aquel momento todo sería posible, así que, haciendo gala de la proverbial curiosidad que castró al gato, decidí seguir subiendo peldaños, directo hacia las habitaciones de la Bella, porque soy un fiel creyente en la idea de que el movimiento se demuestra andando y de que el único modo de hacer que las cosas pasen es poniéndolas en marcha uno mismo.

Como me temía, algo me cortó el paso de nuevo. Por segunda vez en aquel cuento me encontraba frente a frente con algo que de ningún modo debería estar allí. La Arpía sacudió la cabeza cuando entablé contacto visual con ella, igual que sacuden la cabeza los loros cuando están a punto de recibir su ración de pienso del día.

—¡Grak! ¡Grrraaaaakkk! —graznó.

Sí, estimado lector, eso fue lo que me salió al paso: una Arpia, una de las hijas de Electra y Taumante, una mujer alada con garras de águila en lugar de pies, aunque ésta, más que a la representación arquetípica proporcionada por la imaginería premedieval, se parecía a Swift, del grupo de superhéroes The Authority, sólo que con un coeficiente intelectual bochornosamente más bajo que el de su modelo de origen. Una Arpia de cómic en dos dimensiones, plana, trastocándome la percepción hasta casi provocarme una migraña por confusión, alzando su par de alas planas a escasos centímetros de mi cara, boqueando y sin dar ninguna muestra de sorpresa mientras clavaba su mirada asiática de ojos rasgados en la pistola con la que le estaba apuntando. Como suelo repetir a menudo, crea usted lo que quiera,

lector ideal, pero no se quede parado creyéndose. Ya hemos acordado que no tengo motivos para mentirle, y le digo que una Arpia es lo que me encontré en mitad de aquella escalera que ascendía por las tripas de la torre de cristal en las Montañas de la Locura donde me esperaba la Bella Durmiente. Váyase usted a tomar por el culo si considera que mi relato no se ajusta a los más estrictos requisitos de la veracidad.

—¡Grak! ¡Grrraaaaakkk! —repitió la Arpia.

—No lo dudo, cariño —dije yo—, pero tengo algo de prisa. Si fueses tan amable de dejarme pasar sin crear la necesidad de que, a ti también, te meta una bala entre los ojos, tanto mejor... De todos modos, sabes que no deberías estar aquí.

La criatura replegó sus alas a la espalda (si es que había una espalda tras la única superficie uniforme que mis ojos podían captar) y la expresión en su rostro mutó desde la estupidez aviar hacia algo no del todo humano, pero sí con lo que más o menos se podía empatizar.

—No —dijo, en un tono de voz desprovisto de emoción y sin acento, reclamando mi atención de un modo pura y llanamente eficiente—. No dispares, extranjero. Te dejaré pasar de buena gana, siempre que respondas correctamente al acertijo que debo plantearte.

—¿Y si..? —empecé a preguntar.

—Si tu respuesta no es satisfactoria —interrumpió ella, fría, inexpresiva, sin salirse para nada del papel que le había sido asignado—, mi obligación es sacrificarte como ofrenda.

Serás comida en el plato del Barón Ashler.

—No, no es eso lo que estaba diciendo. Quería preguntar qué pasaría si, en lugar de estar aquí perdiendo el tiempo con acertijos, te mato directamente y pisoteo después tu cadáver, como he hecho con tu colega el de la puerta.

—Entonces otras tantas como yo surgirán de la nada para entorpecer tu avance, una por cada escalón que subas, planteándote un acertijo más complejo y de más difícil resolución cada vez.

—Me cagüen... —espeté. Dudé un segundo, me rasqué la coronilla con el cañón de la pistola, a la que a continuación puse el seguro, devolviéndola a su lugar en la cintura de los pantalones. Luego, consentí: —Está bien. A ver ese acertijo...

—¡Grak! —bostezó la Arpía—. ¿Cómo sacarías una oca de una botella sin matar a la oca ni romper la botella?

—¿Ése es el acertijo?

—Ése es el acertijo.

—No me lo puedo creer...

Cierto. No me lo podía creer. Aquella adivinanza era el equivalente *zen* a una canción de parvulario. Un *koan* de dominio público. Casi tanto como “oro parece plata no es”.

—No hay botella. No hay oca —respondí, sin dudar—. Son sólo palabras.

Se produjo entonces un silencio incómodo entre la Arpía y yo; media docena de segundos de falsa expectación creciente.

—Es correcto, extranjero —dijo ella al fin—. Puedes pasar. Pero deja

que antes te conceda el regalo de una advertencia: recuerda tu respuesta y mide tus actos antes de que se conviertan en sólo palabras; violar a una princesa comatosa en su propio lecho puede causar traumas irreversibles en las futuras generaciones que accedan a este cuento.

—¿Por quién me tomas? —protesté, haciéndome el ofendido—. ¿Por quién me tomáis todos? No voy a follarme a la Bella Durmiente en contra de su voluntad, por mucho que...

—Somos creaciones y lectores, trovador —interrumpió la Arpía de nuevo—. Conocemos tu reputación. Y ahora, desapareceré.

Dicho y hecho. La mujer alada se desmaterializó sobre el escalón en el que estaba posada, convirtiéndose en algo menos que aire, en menos que nada, dejándome solo y mosqueado. Había sido fácil, después de todo. Mucho más fácil incluso que darle pasaporte por las malas al gigante de ocho brazos, pero este segundo encontronazo me trastornó tanto como el primero. ¿De verdad parezco tan malo? ¿Eso es lo que provocan mi forma de escribir y los temas que elijo tratar, la impresión de que este humilde autor es un “drogata” psicótico al que, si se le brinda una oportunidad de oro como la de ser insertado mediante bioquímica cuántico-gnóstica en una fábula, su primera idea será la de tener sexo salvaje con la más bella entre todas las mujeres del reino?

No se ría usted, estimado lector. Hablo en serio. Esas dos preguntas fueron como carcinoma existencialista rebotándome entre parietales durante

todo lo que duró mi ascenso hasta el último piso de la torre. Para cuando llegué a la última puerta, la que daba acceso a las habitaciones de la Bella, mi ánimo estaba sumido en un cenagal de depresión y autocompasión tal que ni siquiera la piedra con sombrero que esperaba frente a las dos hojas de fina madera ornamental, obra de los mejores maestros ebanistas de lo profundo del subconsciente, fue capaz de animarme.

Le eché un desafiante vistazo al objeto que servía; al parecer, de último guardián de la maldición de la Bella. Un pedazo de roca calcárea, gris y pulida por el papel de lija de los años a la intemperie, del tamaño de una sandía grande, tocada con un sombrero de fieltro de ala estrecha, como un tótem destinado a loar la grandeza de Rick Blaine. A pesar de que no haber un solo orificio en la superficie de la piedra, ésta habló; o más bien resonó de dentro a fuera, proyectando un hálito de voz cavernosa desde la esencia mineral de su misma composición que vibraba en el aire estanco del descansillo frente a la estancia apareciendo al oído como una muy mala parodia del lenguaje humano:

—Estás meando en un árbol que queda muy lejos de tu territorio, extranjero.

Comprenda el lector que, llegado a aquellas alturas, uno ya no estaba para más gilipollices que las justas.

—Bah... —le repliqué a la piedra—. No me putees. Soy un Tulpa.

—Tulpa, mis cojones —resonó el pedazo de mineral ensombrerado.

—Un Tulpa a la inversa. Ciencia ficción de primera.

Estimado lector, como supongo que eres un culogordo extremadamente perezoso, permite que te ahorre la molestia de tener que dejar el relato a medias para ir a la Wikipedia a consultar qué narices es un Tulpa. Ahí va un relato (breve, un apunte) dentro del relato principal:

El Tulpa es, para los tibetanos, la proyección material de una forma concebida por el espíritu. Es un “fantasma” creado por un monje o un iniciado al término de una larga meditación. Puede tomar la forma, indistintamente, de un animal, de un paisaje, de un objeto o de un ser humano. No es una simple visión, sino un fenómeno dotado de consistencia física, capaz de emitir olores y sonidos (y de empuñar una pistola, puestos en lo peor). En palabras de Alexandra David-Neel, aventurera del siglo XIX y primera occidental en experimentar por sí misma el proceso de manufacturación de un Tulpa para luego narrarlo en uno de sus libros de viajes: “El olor de un rosal fantasma llegará muy lejos, una casa fantasma será capaz de recibir viajeros de carne y hueso, etcétera”. Bonito, ¿no? Los lamas tibetanos explican la creación de Tulpas de la siguiente forma: según su concepción del mundo, el universo que nos rodea es una simple visión mental, no hay ningún fenómeno que exista si no es concebido por el espíritu humano; el objetivo de la iniciación religiosa es, entonces, aumentar la capacidad de concepción del espíritu humano, su aptitud le hace pasar desde el orden potencial, del vacío físico, al orden de lo tangible, o fenomenal, al mayor número de realidades posibles.

—Me la suda, extranjero. Seas Tulpa a la inversa o esperma de unicornio, simplemente no puedes llegar y toquetear a la chavala porque sí, sólo porque en tu podrida realidad alternativa estáis todos aburridos y tenéis la tecnología con la que hacerlo posible.

—¿Y cómo piensas evitarlo? —le pregunté a la piedra con sombrero, cínico y, por seguir ciñéndome a la verdad, algo más que impaciente—. Eres una piedra, por el amor de Dios...

—Aun así puedo patearte el culo de aquí a Lima. Para explicarte cómo lo haría, necesitaría un montón de referencias cruzadas, secretos de Estado y complicadas y larguísimas fórmulas lógicas que, sin ánimo de ofenderte, en el mejor de los casos no entenderías y, en el peor, te aburrirían soberanamente... Digamos que puedo vibrar con las palabras que hagan que tu proyección astral se quede aquí bailando una jiga mientras tu cuerpo material se pudre en el círculo del infierno del que provienes.

—Puedes intentarlo, no te digo que no. Pero ten en cuenta que me he cargado al guardián de la entrada a la torre y he resuelto el acertijo de la escalera, aprendiendo un par de cosas mientras tanto.

—¿Y se puede saber qué has aprendido, listillo?

—Que lo que digas no me afecta, por ejemplo, porque son sólo palabras. "Piedras y palos" y todo el percal...

—Qué cabrón... —un momento de silencio; el pedazo de roca inerte y su absurdo sombrero y yo absurda-

mente embobado, esperando a que pasase algo—. Eso es... —otro momento de silencio; más absurdo y más espera y, finalmente—: Puedes pasar, trovador. Te lo has ganado.

Como si necesitase la aprobación de una piedra con sombrero... Pero sí, la necesitaba. La absurdidad frente a la puerta de las habitaciones de la Bella habló por penúltima vez, e inmediatamente me sentí mucho mejor. Aliviado, sería una descripción correcta. Liberado del peso del exceso de autoconciencia y duda en el que me había enredado yo sólo al enfrentarme con el resto de imposibilidades de mi aventura.

—Que te jodan —le dije a la piedra con sombrero, agradecido.

—No, que te jodan a ti —contestó ella, justo antes de desmaterializarse como antes se había desmaterializado la Arpía.

Sin mirar atrás, crucé el umbral y allí estaba ella. La Bella Durmiente. Aquella por la que hice lo que hice porque la quería más que a nada en el mundo y porque no soportaba el destino que otros habían elegido para ella. Tumbada sobre su lecho de rosas y vestida con un camisón completamente blanco, incólume e incorrupta, el huso con el que se pinchó en su día, y que había desencadenado el maleficio, aún junto a la cabecera de la cama. El pinchazo en su dedo ni siquiera había acabado de cicatrizar. Envuelta en un plomizo telón de línea argumental suspendida, ataráxica. Preciosa.

Caminé de puntillas hasta ella. Las últimas horas compensadas más que de sobra con cada paso en su dirección. Me senté al borde de la

cama y reuní el valor suficiente como para acercar una mano al mechón de cabello rubio que le caía sobre los ojos y apartárselo. Lo siguiente sucedió casi por inercia.

Me incliné sobre la Bella Durmiente y la besé en los labios. La fórmula mágica para romper la cadena de hechizos y contrahechizos. El telón se partió en dos a nuestro alrededor y se replegó cuando el beso fue correspondido. Su lengua se escurrió entre mis labios y me lamíó los dientes. Yo hice lo propio. El interior de su boca sabía a miel, jengibre y algo que sólo se podría definir como pan de molde rancio empapado en licor de seda. Aún con los ojos cerrados, la Bella se contrajo en un escalofrío. La abracé suave, muy, muy suave, durante un instante demasiado breve. Luego nos separamos. Entonces ella abrió los ojos y dijo:

—Gracias, extranjero. Te lo debo todo. Ahora nos casaremos y seremos felices para siempre.

Aquella sonrisa, el modo en que se le ruborizaron las mejillas mientras musitaba las frases que los hermanos Grimm, o Perrault, o a quien sea que le reconozcan la autoría del cuento en los próximos siglos, habían escrito para ella... Debía estar loco para rechazar una petición tan delicadamente diseñada hasta el último detalle, y aun así:

—Lo siento, guapa —le dije, con un clavo ardiendo atravesándome las cuerdas vocales—. No voy a casarme contigo. De hecho, en dos minutos ni siquiera estaré aquí.

Mi reloj de pulsera empezó a pitar, subrayando mi propio conjuro con

la alarma que indicaba que mis constantes vitales habían alcanzado el punto crítico, a pocos segundos del margen de inmersión de no retorno.

—¿Entonces? —solicitó la Bella, consternada y con una lágrima asomándose a su ojo izquierdo que fácilmente podría interpretarse como un prólogo de humillación—. ¿Por qué?

—Porque lo que te han hecho, lo que te llevan haciendo por los siglos de los siglos, está feo —me expliqué, poniéndome en pie y ajustando los controles del reloj para que éste mandase una baliza a los operarios del tanque que les dijese que ya podían sacarme de vuelta a la realidad—. Está muy mal. Y ahora que podemos empezar a cambiar las cosas, me apetecía darle un buen revolcón a la pieza de hipnosis consensual que me quedase más cerca... Por eso, y porque te quiero. Llevo haciéndolo desde bien pequeño.

—¿Me quieres?! —se quejó la bella—¿Me quieres?! Si me quisieses te casarías conmigo y echaríamos a andar de la mano hasta el final feliz...

—Ahora no puedes entenderlo —solemnicé—. Ni lo entenderás hasta pasado un tiempo —a punto de irme, notando ya un dolor agudo en las articulaciones y un serio desfase entre la formación de ideas abstractas en el cerebro y su consiguiente transformación en lenguaje hablado, mi línea de salida:—. Pero necesito que me creas, no tengo motivos para mentirte: es lo mejor para ti; no has tenido ocasión de vivir, de vivir de verdad, y ahora yo te la estoy dando. Que nunca nadie más te diga lo que debes

hacer. Píntate el pelo de rosa, ponte un *piercing* en la lengua, vístete como Tank Girl y sal a follarte a todos esos principitos machistas que pululan por aquí, sólo porque puedes, porque tú lo vales y porque sé que eso es lo que de verdad quieres hacer.

Y ahí fue donde yo mismo me desmaterialicé.

Después vinieron la recuperación en media docena de hospitales, los informes a las altas esferas de cada uno de los departamentos de Filología que habían financiado mi expedición y sus consiguientes reprimendas a mis métodos. Al día de hoy aún no me atrevo a acercarme a una librería en busca de un volumen de cuentos populares para comprobar qué ha sido de la Bella Durmiente, pero confío en ella. Se dice por ahí que los padres, antes de acostarlos, ya no les leen a sus hijos las mismas historias que los nuestros nos leían a nosotros. Alguien me comentó hace unos meses que incluso en las nuevas dictaduras del extremo mediterráneo de Europa están empezando a quemar todo volumen con las transcripciones de la literatura de transmisión oral que

se pueda encontrar en sus museos y universidades.

¿Qué? ¿Algún problema, estimado lector? ¿No he satisfecho sus expectativas? Puede que yo sea un borracho y un emborronacuartillas con ínfulas de iluminado y, en general, un escatólogo de la hostia. Pero, desde luego, no soy el pervertido que a usted le gusta creer que soy, después de todo, ¿verdad? Y el viejo espíritu de un monje *zen* anarquista habita en mi interior.

Mi relato es tan cierto como lo que usted más dé por sentado. Interprete esto como le plazca y luego consúltelo con la almohada, si así lo cree conveniente.

¿Qué dice? ¿Que el decondicionamiento y el despertar le incomodan? Pues esto es lo que hay y ya, a ciento quince caracteres del final, no puede hacer usted una maldita cosa para evitarlo. No sabe cuánto lo siento...

Buenas noches, apreciado lector. Que lo duerma usted bien.

© FSCO. J. PÉREZ, 2008.

FRANCISCO JAVIER PÉREZ
(España —Barcelona, 1979—)

Guionista de cómic y escritor, autor de *Dionisia Pop!* (Ed. Grupo AJEC) y del cuento ilustrado para adultos *Entre las grietas* (Ed. Slovento), ha colaborado con casi una veintena de relatos en diversas revistas y sitios literarios en línea, como **NGC 3660**, **Brigada 21**, **Necronomicón**, **Miasma** y **Alfa Eridiani**, y en las antología colectivas *5+10* (Ed. Slovento) y *Paura 4* (Ed. Bibliópolis). A la fecha de redacción de este relato, preparaba la edición de *La memoria invisible*, su primera novela gráfica.

TRAZOS DE AYER: PEREYRA

PABLO ALEJANDRO PEREYRA nació en Cañada de Gómez (provincia de Santa Fe), en 1911, y fue uno de los mejores ilustradores de la Argentina.

Desde temprana edad, sus dos grandes pasiones fueron el dibujo y los deportes, preferentemente los fuertes y violentos. Después de practicar varios, se dedicó al *rugby*, caballeresco y viril, practicándolo durante veintidós temporadas consecutivas, como integrante del primer equipo del "Sportive Française".

Publicista durante años, en 1939 fue tentado por AMADEO BOIS, dueño de Editorial Acme, para ser el director artístico de la editorial. PEREYRA aceptó y tomó control total sobre todas las colecciones, desplegando su enorme talento como dibujante y diseñador. Dominaba todas las técnicas utilizadas en la propaganda: pluma, pincel, raspado, *crafting*, lápiz litográfico, aguada, tempera, acuarela y anilina. Pero, en lo que nos toca, se caracterizaba por su amplio y magnífico aporte a la ilustración fantástica, llegando a realizar portadas memorables, casi fotográficas, para obras de fantasía de H. RIDER HAGGARD, EMILIO SALGARI, EDISON MARSHALL, NELSON BOND, LESLIE CHARTERIS, JANE AUSTEN, LEWIS CARROLL y muchos otros. También ilustró obras de CF de JULIO VERNE, THEODORA DU BOIS, CONAN DOYLE, H. G. WELLS, WILSON TUCKER, JOHN DICKSON CARR y ELEANOR CAMERON, aunque éstas no constituyen un número tan grande, como en el caso de las de fantasía. Todo este cúmulo de hermosas carátulas vieron la luz en publicaciones como **Centauro**, **Autores Contemporáneos**, **Robin Hood**, **Clipper**, **Rastros**, **Pistas** y **Suplemento de Rastros**, etc., y recientemente algunas han aparecido en revistas de CF como **Vórtice** y **Gurbo**. En algunas de sus portadas aparecen los retratos de su esposa e hijos, a quienes solía utilizar como modelos; frecuentemente usaba un espejo para ayudar a dibujarse él mismo.

Egresado de la Academia Nacional de Bellas Artes, en el año 1932, dictó durante varios años la Cátedra de Dibujo Publicitario en los años superiores de las Escuelas Municipales Raggio. Murió a fines de los '90.

El 8 de setiembre de 2002, Ediciones La Buhardilla y la revista **Pulp-ship** hicieron una entrega simbólica de premios en el Centro de Comunicación por las Artes y se eligió póstumamente a PABLO PEREYRA como el mejor ilustrador fantástico argentino de todos los tiempos.



ADEFESIO

CLAUDIA CORTALEZZI

1

Lala recordó su primera vez en el club, revivió cada detalle: llevaba el pelo suelto para disimular la cara de luna y acomodaba la cadera a cada paso; había ido con Rosa, su vecina.

Era sábado a la noche y la pista de baile estaba repleta. Buscaron un rincón oscuro, lejos de la barra.

Aquel mediodía, después del trabajo en el kiosco, había elegido uno de sus dos pantalones y un suéter cualquiera; era viejo y tenía algunos remiendos en el codo, pero de noche todo pasaba inadvertido. Hasta ella misma. En otra época podría haber usado guantes, pero no a esa altura de su deformidad. Sería suficiente esconder las manos y usar zapatos para que no se le notara.

Rosa la había dejado sola; ahora bailaba como si la hubiera olvidado.

Lala espiaba a esa gente tan distinta a ella.

Todos se divertían. Ahí estaba su vecina: qué bien se movía. Algunos la conocen, pensó Lala; cuando entramos, *el barman* le tiró un beso, aun-

que no se veía nada. Se nota que Rosa viene siempre. Por suerte yo iba atrás y el tipo no me vio.

Un hombre joven se le acercó.

—Bailamos, nena —dijo.

Lala lo miró detenidamente. Tenía la cabeza empapada y olía como un bosque de pinos.

—No —contestó asustada—. Yo no bailo.

—Vamos, no seas aburrida.

Él se tambaleaba y parecía que se le iba a caer encima en cualquier momento. Estaba tan cerca que ella no podía verle la cara. Su pelo mojado le lamió las mejillas. Lala sintió ganas de vomitar.

—Dame un beso, nena —dijo.

Ella miraba para abajo, sin saber qué hacer. Entonces él le agarró la cara y abrió asquerosamente la boca.

En ese momento, otro tipo lo arrancó de un brazo y se lo llevó.

Ella se achicó en la silla tanto como pudo y tomó aire.

Un rato después, Rosa volvió a la mesa. Lala se sintió feliz de que la noche terminara, de volver a su casa.

Pero Rosa dijo algo que no estaba en sus planes:

—Si no te molesta volver sola, yo me voy con él.

Lala no entendía de qué estaba hablando, hasta que lo vio saliendo de la sombra: era hermoso, en toda su vida no había conocido un hombre como él. De golpe odió a aquella traidora. Quiso pegarle, tirarla al piso y arrastrarla de los pelos hasta desfigurarla. Pero le dijo que estaba bien, que se fuera, que ella volvería sola.

Escuchó que su vecina lo llamaba “Mario” con voz melosa. Era increíble: recién se conocían y ya estaban abrazados. Los miró irse.

Ahora, la puerta del local parecía más lejos. Lala salió a la calle.

Caminó con cautela. Se sentía observada; podía oír los pasos de alguien que la perseguía, acercándose. No miró hacia atrás. Llegó a su casa y entró enseguida.

Su cuarto era un desastre; nadie querría dormir ahí con ella.

Miró la foto de la pared: tenía siete años y estaba con sus padres. Quién les iba a decir que estaban criando un fenómeno, una marioneta.

En el baño se paró frente al espejo, empapó la punta de la toalla y se restregó los párpados. Apretó bien el jabón contra los labios; el rojo se extendió por la cara y fue necesario más jabón. Los ojos le ardían de lágrimas. Metió las manos en el agua y se la echó en la cara compulsivamente. Abrió el botiquín, tomó la caja de lextotamil, fue sacando las pastillas una por una, juntó un puñado y se las metió en la boca. Buscó

un vaso, lo llenó con agua y en el momento de tragar corrió al inodoro a escupir.

Se metió en la cama.

Mario ya no miraba a Rosa; ahora le daba la espalda. Atrás había un lago. Rosa gritaba; acababa de caerse al agua. Pero Mario no la oía. Solamente tenía ojos para ella, para Lala. Los gritos de Rosa se hacían más débiles.

Él siguió mirándola como nadie lo había hecho antes. Se le acercó más, la acarició y le dijo:

—Te amo.

2

Todo el día pensó en el sueño. Imaginó cómo sería estar a solas con un hombre. Armó mentalmente la escena: tendría que ocurrir de noche y con la luz apagada.

Ella no podía esperar; necesitaba hacer algo. Se pintó las uñas y probó peinados; todos le parecieron ridículos.

Una noche volvió al bar del club. Había llegado su hora. Durante todo aquel mes, ensayó a escondidas los pasos de baile y ahora estaba dispuesta a ponerlos en práctica.

Entró y fue directamente al mismo rincón en que había estado con Rosa.

Quería ir y preguntarle al *barman* qué podía pedir, qué tomaba toda esa gente. Pero no se atrevió: jamás se sentaría en la barra; sería exponerse demasiado.

Notó que el *barman* era otro muchacho. Tendría unos veinticinco años, usaba el pelo suelto sobre los hombros; parecía un modelo. Era un

desperdicio que estuviera ahí. Mezclaba bebidas y las batía bailando.

De pronto él miró hacia su mesa. Fue sólo un momento, pero Lala se sintió muy extraña.

Cuando empezaron los lentos y las luces se atenuaron, se animó a levantarse. Fue a la barra caminando lo más erguida que pudo y se sentó.

—Un *whisky* —dijo.

Sabía que el *barman* la miraba, pero prefirió ignorarlo estratégicamente.

Lala bebía despacio; el ardor bajaba desde su boca. Cuando el vaso estaba por la mitad, se sintió mareada pero igual siguió tomando.

Después de la tercera copa, caminó hasta el centro de la pista. Las luces de colores parecían estrellas y se creyó un pájaro. Los vio a todos, borrachos como ella, riéndose. Su cuerpo era liviano, dócil.

Empezó a bailar en el aire, mezclada entre ellos. Era una más, pero todos formaron una ronda para mirarla. En medio del remolino le tocaban la cara, las manos, los pies. Le gritaban cosas.

Ella apenas entendía palabras sueltas mezcladas con la música.

Alguien le dio un vaso.

—Tenés que tomar aire —oyó que le decía—; te vas a sentir mejor.

Era una mujer. La llevaba de la mano y la acariciaba: primero los hombros; después, el pelo.

—Soy Gloria —alcanzó a escuchar—. Vivo cerca, a cinco cuerdas. Podés quedarte en casa hasta que te sientas mejor.

Lala no podía hablar. Le daba lo mismo. Tal vez aquella fuera la única

persona capaz de comprenderla. Volvió a sentir sus caricias expertas; nunca la habían tocado así.

Y se dejó guiar por la desconocida.

3

Abrió los ojos. No podía reconocer el lugar, dilucidar cómo y cuándo había llegado ahí. Sintió la cama mojada; había poca luz. La cabeza se le partía de dolor.

Apenas cubierta con una sábana, descubrió que estaba desnuda. Se levantó de un salto y empezó a vestirse. Algo pegajoso y frío le corría desde la entrepierna.

Entró una mujer. Lala se acordó de su cara: era la tal Gloria.

Entonces volvió a ver las luces, el baile. Sintió de nuevo el sabor de la bebida. Revivió aquel olor dulce. Y el mareo. Y una mano, una silueta, una puerta que se cerraba. La misma puerta por la que ahora había entrado la mujer.

Recordó con vividez cada instante: el portazo, el grito, la oscuridad absoluta. Había pasado la noche con extraños.

Se vistió rápidamente.

No soportaba que la mujer viera sus piernas desnudas.

Gloria la miraba, pero sin repugnancia. Le dio la cartera y le dijo:

—Tenés que irte, piba.

La agarró de un brazo y la arrastró al patio. El reflejo del sol la encandiló.

Aquella tipa la empujaba más rápido de lo que ella podía caminar. Lala buscó algo de qué agarrarse, temía caer. Entonces entrevió el patio, las puertas abiertas.

Y en la penumbra de una de las habitaciones advirtió un bulto sobre un sillón. Algo le dijo que tenía que acercarse y mirar.

Una bolsa de huesos retorcidos, una cara imposible. Una sonrisa burlesca, satisfecha. El hilo de baba hasta el piso.

Lala quiso gritar, pero no pudo. Retrocedió llevándose las manos a la boca.

—Es mi hermano —dijo Gloria—. Lo hiciste el hombre más feliz del mundo.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 1999-2008.



CLAUDIA CORTALEZZI
(Argentina —Trenque Lauquen, 1965—)

Ganadora de diversos premios e integrante de “La Abadía de Carfax” (<http://www.geocities.com/abadiacarfax/>), en **NM 9** publicó *Aquellos ojos*. La versión original de este nuevo cuento apareció por primera vez en la antología *Pasajeros en Arcadia* (1999).

JUEGOS DE MANIPULACIÓN

MAGNUS DAGON

Una helada ráfaga de viento azotó el rostro de Parténope mientras trataba de alcanzar a sus hermanas, más adelantadas y más resguardadas de lo peor de la tormenta. No dejaba de pensar que todo se había ido al traste por su culpa, y con ese sentimiento deseaba quedarse allí y que sus hermanas prescindieran de ella. Pero eran sus hermanas, y no estaban dispuestas a dejarla abandonada.

Aún la necesitaban para que llevara a cabo el trabajo sucio.

Ligia, la mayor, se detuvo y observó a Parténope con altivez. *Es débil*, pensó mientras ordenaba a Leucosia, la mediana, que fuera a por ella.

—¿Por qué no la dejamos? No hará más que retrasarnos.

—Si pensara igual que tú, ya que avanzas más lentamente que yo, no veo por qué no debería a mi vez dejarte y a ti.

Leucosia se limitó a mirarla y volver a por su hermana pequeña. Ligia dudaba que hubiera entendido una sola palabra de lo que quería decir. Sa-

bía bien que Leucosia era más tonta que una piedra; sin embargo, resultaba útil. Juntas formaban un eficaz equipo de estafadoras. Ella era la artífice de los planes y la que seleccionaba a los jóvenes incautos y adinerados. Parténope era el cebo, mientras que Leucosia se dedicaba a borrar las huellas... con toda la contundencia que resultara necesaria. Un equilibrado y bonito negocio familiar.

Parténope se detuvo exhausta y vio a Leucosia acercarse. Se apoyó en el hombro de su hermana, fuerte y más corpulenta de lo habitual en los de su sexo, y avanzó penosamente mientras ésta le profería toda clase de poco velados insultos. Parténope, sin embargo, no protestó. Todo lo que tenía se lo debía a sus hermanas, y éstas habían cuidado siempre de ella. Sin embargo, apenas tenía nada y la manera en que la cuidaron consistió en introducirla en el mundo del crimen, pero esos detalles se nublaban en su memoria.

—¡Vamos! —gritó Ligia, consciente de que no había peligro de alu-

des—. Hasta que no crucemos la frontera del país no estaremos a salvo.

Al cabo de un rato Parténope pudo volver a avanzar por su propio pie. Trató de ponerse a pensar en algo para olvidar el dolor y el cansancio, pero todo lo que a su cabeza venía era que había fallado. Sus hermanas le enseñaron a hacerse querer, pero nunca le habían enseñado a amar. Y ésa fue su perdición.

—Todo hubiera sido distinto si esta estúpida no se hubiera enamorado de nuestra inversión —dijo Leucosia mirando a Parténope, como si la leyera la mente—. Todo hubiera marchado bien.

—Dices bien, pero no seas tan dura con tu hermana —aseveró Ligia con astucia, para no hacerse odiar—. Debimos irnos en cuanto todo empezó a ponerse feo y no esperar al último momento. Debimos haber supuesto que alguien recelaría y nos denunciaría antes de lo normal.

Pero cuando Ligia decía *debimos* en realidad pensaba *debí*. Su mundo no estaba poblado por nadie más que ella, y si cargaba con sus hermanas era porque, al ser las tres compañeras de celda, tuvo que incluirlas en su improvisado plan de fuga. En aquel país perdido de la mano de Dios eran duros con las mujeres criminales; más aún con las que intentaban en vano escapar. Y no estaba dispuesta a que Leucosia la delatara. Más tonta que una piedra, pero traidora como una hiena. De Parténope no se preocupaba. La consideraba un instrumento a su completa merced. Y no se encontraba muy alejada de la realidad.

Sólo que Ligia ignoraba que su hermana pequeña estaba cambiando. Siempre se sentía culpable al efectuar una estafa —sobre todo al esfumarse—, pero eran sentimientos pasajeros que había aprendido a evitar. No de manera consciente, pero sabía hacerlo. Sin embargo, aquella vez fue distinto. Aquella vez deseó quedarse. No podía ser tan difícil. Ayudar a sus hermanas con dinero, llevar una vida normal, integrarse en una familia, ejercer profesiones de verdad. Pero sabía que no podía ser. Sabía que sus hermanas jamás tolerarían vivir bajo un techo que no dominaran por completo.

Tres días llevaban escapando, cruzando aquella peligrosa región, la única en la que no se atreverían a buscarlas, pues no sin razón las darían por muertas. Y sin duda pronto sería así. Incluso Ligia, de voluntad indomable, empezó a sentir un profundo cansancio y entumecimiento, y, recordando sus conocimientos de alpinismo, llegó a la conclusión de que, si salían de allí con vida, tendrían los pies y manos tan congelados que, tras las oportunas amputaciones, entre las tres no sumarían ni cuatro dedos. Con tan amargo sentimiento prosiguió la marcha hasta que se paró al ver la entrada a una cueva. Sabía que su interior podía ser o bien la salvación o bien, dada la fauna del lugar, el final de sus penurias. Hizo una seña a sus hermanas y entró.

Una vez en el interior encendieron una pequeña lámpara y trataron de calentarse con su escasa luz. Las tres se encontraban al borde de la hipotermia. Parténope casi incapaz de ha-

blar, la mirada borrosa; Leucosia callada pero igualmente debilitada. Ligia hubiera estado igual de inactiva de no ser porque algo llamó su atención en aquella cueva. No había planta ni animal alguno, cosa extremadamente rara en aquellas tierras lejanas. Cogió la lámpara, dejando a sus hermanas sumidas en la oscuridad, y se adentró por los intrincados pasadizos.

Tras horas de andar sin rumbo, lentamente, para no perderse sin remedio, encontró una extraña construcción metálica incrustada en la roca. A su interior se accedía por una puerta que comprobó, al pasar por ella, que era bastante alta. Apenas nada había dentro de aquel lugar de forma hexagonal, vacío y reluciente como recién salido de fábrica. Sólo seis curiosos asientos, que miraban cada uno a una pared, adornaban la diáfana y amplia estancia. Se sentó en uno de ellos con cierto esfuerzo, pues estaba alto, y se dio cuenta de que allí hacía calor, con lo que regresó a buscar a sus hermanas y las metió en tan extraño lugar.

No tardaron mucho en ver que se sentían mucho mejor. No sólo dejaron de tener frío; al descalzarse pudieron ver que sus pies estaban perfectamente, al igual que sus manos. Parténope y Leucosia lo atribuyeron al descanso, pero Ligia sabía que aquello no era normal. Estaban completamente recuperadas, algo a todas luces imposible. Decidieron pasar más tiempo allí hasta pensar cómo avanzar. Sin embargo, al cabo de tres días estaban aún más indecisas acerca de si partir o no, pues cosas más increíbles empezaron a suce-

der. En ese lapso no durmieron ni comieron nada, y no sentían la necesidad de hacerlo. Como si el mero hecho de estar allí fuera suficiente para sus necesidades. Continuamente Ligia examinaba las paredes, como si las considerara una fuente de energía que las atravesaba a las tres, dotándolas de recursos energéticos suficientes, sin necesidad de recurrir a los caminos de la naturaleza, y al mismo tiempo recargándolas continuamente como a inmensas pilas, de modo que no necesitaban pararse a dormir. Era fácil llegar a tal conclusión, pues poco más había en aquel balsámico lugar.

Finalmente un día, cuando ya llevaban casi medio mes allí dentro, dieron un paso clave en la comprensión de ese sitio. Acomodada en uno de aquellos elevados asientos, Ligia se preguntó si el lugar estaría en buen estado, si no le faltaría algo, y si, de ser así, no se podría intentar su reparación. Y de repente, de las diáfanas y lisas paredes surgieron, como moldeados al instante, pequeños brazos mecánicos que se dedicaron a realizar ajustes por todas partes. Entre maravilladas y aterrorizadas, las tres hermanas pasaron horas observando cómo se llevaba a cabo el proceso de autorreparación, Ligia sospechando dónde estaban realmente. Sospecha que se confirmó cuando trató nuevamente, a través del pensamiento, de que ocurriera aquello que pensaba que aquel lugar podía hacer. Y así ocurrió.

La nave perforó la montaña en la que se había estrellado y permaneció inmóvil en la virulenta ventisca.

Leucosia y Parténope miraron a su hermana, inmóvil en uno de aquellos asientos, concentrada como cuando solía cavilar cuál sería la próxima víctima de sus planes.

—Órdenes mentales —se limitó a decir—. Estamos en una nave que carece de mandos porque sólo la mente es necesaria para dirigirla.

Leucosia se sentó entonces en otro asiento, en el extremo opuesto del de Ligia, y nada más de hacerlo escucharon ruidos en el exterior. Sin embargo, las dos hermanas mayores sabían qué era lo que pasaba, pues era como si frente a ellas hubiera un enorme panel de mandos que indicara el estado de la nave, sólo que dicho panel aparecía en sus nítidos pensamientos. Parténope se sentó en otro asiento distinto, y al hacerlo la pared se apartó, dejando en su lugar un resistente cristal, ya que sencillamente lo único que deseaba era ver el exterior. Y horrorizada pudo contemplar cómo la nave, que desde fuera podía imaginarla como una estilizada unión de múltiples líneas rectas, se cubría de enormes tentáculos mecánicos y apéndices —que supuso cañones— que se movían caóticamente, como un pulpo ávido de destrucción sin sentido. Miró a Leucosia y se dio cuenta de que aquello no era más que una manifestación de sus intenciones con respecto a la nave. Se apartó del asiento y las paredes opacas la separaron de nuevo del exterior.

—Cálmate, Leucosia —se limitó a decir Ligia—. No debemos apresurarnos. No estamos aún preparadas para manejar este vehículo con todo su potencial.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —dijo ella.

—Esperar. Como siempre hacemos antes de escoger nuestro objetivo.

Y esperaron. Esperaron mientras Ligia trataba de estudiar los controles de la nave y conocer cada uno de sus secretos. Sin embargo, a pesar de su perseverancia, mucho escapaba a su entendimiento, datos que —supuso— se encontraban fuera de su alcance debido a sistemas de seguridad perpetrados por los potenciales constructores de la nave. Sabiendo bien que su control de la nave aumentaba, decidió que era el momento de ponerse en acción. Bien podía haber prescindido de sus dos hermanas, pero sabía que nada podían hacerle. El control de Leucosia sobre la nave era escaso y limitado sólo a sus estúpidos deseos, y sabía bien que su hermana pequeña no deseaba en absoluto controlar ni un solo ápice de ésta. La supuso, con gran acierto, sumida en la duda y en la culpa por su aún reciente error.

Pero la culpabilidad de Parténope nada tenía que ver con lo que Ligia sospechaba. Más que fallar a sus hermanas, se culpaba de fallarse a sí misma. Y así en ella empezó a nacer la necesidad de afianzar su propia personalidad, de hacer escuchar su propia voz. Una voz por completo carente de ambiciones.

Llegó el momento en el que Ligia tomó una decisión, y ella se convirtió en orden para sus dos hermanas.

—Nos vamos de este planeta, hermanas. Tras mucho indagar y obtener datos, he encontrado que

hay muchos lugares que nos esperan. Lugares que podemos expoliar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leucosia. Parténope escuchaba, temerosa de lo que pudiera oír.

—¿Qué pensarías si vieras aterrizar una nave como ésta en la Tierra, Leucosia?

—Pensaría que es el fin. Sobre todo si... si nos atacan.

Parténope pensó que sólo le faltaba decir que eso es lo que ella haría.

—Eso es. ¿Y sabes por qué piensas eso? Porque eres una criatura ignorante y supersticiosa, que tiene miedo de lo que no puede comprender. Del mismo modo he descubierto en los datos de la nave la existencia de múltiples civilizaciones, orbitando alrededor de alejadas estrellas y con un escaso desarrollo evolutivo y social. A ellos nos presentaremos, y nos aprovecharemos de su desconocimiento. Para ellos seremos presagio, dioses o avanzados alienígenas con increíble y suprema inteligencia. Todo depende del grado de desarrollo que posean, pero la idea siempre es la misma: nos servirán. Y si se atreven a oponerse, los reduciremos a cenizas. Poseemos toda clase de armas, así como escudos. Nuestra velocidad supera a cualquier cohete jamás diseñado.

—Pero... no podemos hacer algo así... —dijo Parténope.

—Calla, hermana menor —ordenó Ligia—. Límitate a escuchar, así como a manejar los mandos de esta nave cuyo control se te resiste.

—Eso es porque no quiere controlarla, Ligia —comentó Leucosia—. Es tan sencillo que incluso yo sé ha-

cerlo —dijo con sencillez, como si con dicha frase no remarcara su estupidez.

—Sí, eso es cierto. Pero es nuestra hermana, Leucosia —dijo Ligia, como si realmente se creyera sus palabras. Tan poco confiaba en Leucosia que prefería tener a Parténope de su parte, por si debía jugar esa carta llegado el caso.

Parténope no dijo una palabra. No porque se sintiera en inferioridad numérica, sino porque era incapaz de desobedecer a su hermana mayor.

—¿Tan segura estás de nuestra capacidad de destrucción? —preguntó Leucosia.

—Tanto que para que te convenzas de ello haremos una demostración.

A una sencilla orden suya, la nave sobrevoló la montaña y en cuestión de segundos se posó sobre la ciudad de la que tan desesperadamente huían. La gente en las calles comenzó a murmurar, y todos miraron al cielo con horror y estupefacción. La nave se acercó a la cárcel y, desplegando todo su armamento, la redujo a cenizas en cuestión de segundos. Acto seguido se dirigió a la ciudad.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó asustada Parténope a su hermana mayor, que sabía era quien movía los hilos, aunque fuera Leucosia la que disparara.

—Vamos a escarmentarlos con una lección que nunca olvidarán.

—¡Pero esa gente no nos ha hecho nada!

—Nos lo harían sin dudarlo. De modo que —esbozó una siniestra mi-

rada— vamos a pagarles por adelantado.

Todo acabó en minutos. Lo que en su día fue un lugar lleno de vida, alzado en mitad de un terreno hostil, súbitamente se convirtió en un erial de muerte y desolación. Parténope se acercó al que ya consideraba su asiento y a una orden suya vio el exterior. Lo que vio la horrorizó tanto que decidió no aprender jamás a usar dicha nave. Temía convertirse en un arma en manos de su hermana. Y la creía muy capaz de conseguir tal cosa.

Una vez la nave se fue de la Tierra, Ligia calculó meticulosamente su próxima jugada. Había muchos mundos a los que engañar y de los que aprovecharse, y por tanto debía ser cautelosa. Tras mucho pensarlo decidió empezar por los que menos desarrollados estuvieran, con la idea de clarificar hasta qué punto podían exprimirlos. Escogió un lejano planeta habitado por unos primitivos seres que, según los archivos, no hacía mucho que habían abandonado el medio líquido. Hacia allí partieron ante la impotencia de Parténope. No le gustaba el papel que le había tocado tomar en los acontecimientos.

No fue mucho lo que obtuvieron de dicho planeta. Tomadas por malos espíritus, inicialmente fueron interceptadas por los más valientes, que armados con rocas las lanzaron contra la nave. El uso de los tentáculos por parte de Leucosia neutralizó cruelmente la amenaza. Fue entonces cuando los habitantes, de biología tentacular, em-

pezaron a adorarlas como fuerzas de la naturaleza. Pasaron un tiempo allí hasta que Ligia se cansó de una cultura tan simple, que además vivía en un planeta de escasos recursos. De modo que partieron, pero no sin antes arrasar medio planeta. Deseaba dejar una huella en aquel mundo supersticioso, llenar sus mentes de pesadillas y leyendas arcanas, convertirse en inmortales para las generaciones futuras. Era en verdad un sentimiento que agradaba a Ligia. Leucosia, por su parte, sólo parecía apreciar lo referente a la destrucción, en tanto que Parténope se limitó a callar, mientras una civilización entera era tratada sin clemencia alguna.

La segunda cultura que escogieron poseía mayor grado de desarrollo, estando en un nivel parecido, en la Tierra, a los primeros siglos antes de Cristo. Allí no fueron adoradas como fuerzas de la naturaleza sino cual Diosas, y en verdad como Diosas se comportaron, caprichosas, volubles, temibles y a la vez falsamente amables. Ligia fue equiparada a la Diosa de la Sabiduría, de impronunciable nombre para ellas y todo ser humano que tratara de vocalizarlo, en tanto que Leucosia fue la Diosa de la Guerra y Parténope la Diosa de la Tristeza, pues nada hacía más que vagar sola por los lagos pantanosos y destruidos, mirando en silencio a su alrededor.

Decidieron el destino de imperios enteros; a su antojo crearon y destruyeron, inventaron leyendas y saborearon a los habitantes del lugar, de aspecto humanoide, en todos los sentidos posibles. Pero Parténope nunca

participó en aquellos juegos de manipulación. Trataba de encontrar una ocasión para desligarse de aquella espiral de muerte y engaño. Deseó permanecer allí, pero sus hermanas se negaron. No podían arriesgarse a que la vieran como una simple criatura mortal. Ella venía de los cielos, y a los cielos volvería.

Y así se sucedieron muchas otras civilizaciones, muchas otras culturas. Algunas aniquiladas; otras, sólo en parte respetadas. Sabiamente escogidas, indefensas y crédulas; fácilmente manejables. Hasta que un día estuvieron cerca de ver la muerte. En un lejano planeta acuoso, los habitantes, cansados de los Dioses de la Tragedia, decidieron hacerles frente con valentía. Y si bien la nave era, en términos militares, una fortaleza inexpugnable, la fuerza del número y el desgaste hicieron que Ligia viera peligrar seriamente su integridad. En secreto ofreció a los habitantes entregar a la menor de las Tres Diosas a cambio de su rendición, a lo que aquellos seres anfibios, estupefactos ante la amoralidad de aquellas que consideraron, en un principio, criaturas redentoras del Lugar que Carece de Agua, redoblaron sus esfuerzos y dañaron parte de la nave. La partida entonces se antojó como inmediata, y una vez que estuvieron en órbita sintieron miedo por vez primera en mucho tiempo.

Ligia buscó un lugar de emergencia donde poder parar y obtener tiempo suficiente para que la nave se autorreparara. Asustada por la posibilidad de que el daño fuera permanente si no se daba prisa, encontró al fin un muy cercano planeta con —según los

datos— una civilización que se encontraba en una etapa análoga a la del siglo XVIII terrestre. Hacia allí dirigió la nave, concentrada en el esfuerzo de encontrar las zonas dañadas de ésta. Fue por eso que no escuchó a Leucosia acercarse a su hermana pequeña para hacerla una proposición.

—Si la matamos, la nave sería nuestra —dijo a Parténope con calma—. Y te dejaría donde quisieras. No tendrías por qué seguir aquí conmigo, si tú no quieres.

Pero Parténope, que sabía de lo que era capaz su hermana sin la férrea mano manipuladora de Ligia calmando su ansia homicida, rechazó la oferta. Y bien hizo, pues el plan de Leucosia era exterminarla apenas pisara tierra firme y estuviera fuera de la nave. Pero eso ella no lo sabía.

Ligia se sintió extrañada de no haber reparado antes en tan jugoso planeta. Un planeta donde podrían obtener mucho, mucho más que en aquellos otros, atrasados y decadentes, obsesionados por la conquista y la expansión, en los que incluso llegaban a desconocer la verdadera forma de su mundo. Sin embargo, el nuevo objetivo era un lugar donde ya conocerían la ciencia. Por un lado implicaba un riesgo, pero por otro... era una nueva posibilidad de explotación.

Ligia no se equivocaba en sus suposiciones. Apenas aterrizaron fueron recibidas como si de una bienvenida oficial se tratara. Sabía que las consideraban embajadoras de una cultura de más allá de las estrellas. Sin embargo, cuando las tres echaron un vistazo a su alrededor, tuvieron

miedo. Todo parecía avanzado, muy avanzado para el momento tecnológico que Ligia había supuesto, aunque tras un breve vistazo concluyó que simplemente ocurría que aquella cultura había llegado a sus Revoluciones Industriales con más eficacia que el que ahora se les antojaba como el pobre y subdesarrollado planeta Tierra.

Aquellas criaturas, si bien bípedas y de estatura similar a la humana, poseían rostros parecidos a los de los insectos, según pensó Ligia; sabía que era una vaga descripción y comprendió que sólo los equiparaba a ellos por ser seres que le producían asco.

Sin embargo, pensó, los insectos se suelen aplastar.

Comunicaron, usando la experiencia que ya tenían por haber hecho cosas similares muchas veces antes, que en su viaje para conocer y ser conocidos por otros seres del Universo sufrieron un pequeño accidente a la hora de aterrizar en el planeta, a causa de un inesperado meteoróide en el cual no repararon a tiempo. Aquellos seres, sin embargo, no respondieron ni se inmutaron. Eran cientos de miles, si no millones, y todos las miraban fijamente. Aquella mirada... se clavaba en ellas, no sabían si con hostilidad o con admiración, pero resultaba turbadora al venir acompañada de tanto silencio. Sin embargo, Ligia no se amedrentó y esperó con paciencia una respuesta. Y así el cielo verdoso de aquel lugar se llenó de un vacío que sabían era extraño a la vista de aquel planeta que daba la sensación de poseer, aunque sólo fuera

en la ciudad donde habían aterrizado, una extraordinaria actividad.

Al cabo de una hora, los seres se retiraron. Y entraron en la nave tras lo que, para Parténope, fue la hora más larga de toda su vida.

—Nos aceptan —dijo Ligia tras sentarse para comenzar con la mente el proceso de autorreparación.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Leucosia.

—Porque lo leí en su pensamiento.

Fueron entonces dos miradas nuevas las que se clavaron en Ligia, con tanta o más decisión que aquellos millones que lo hicieron momentos antes.

—¿Desde cuándo... y cómo...? —se limitó a decir Parténope.

—No hace mucho. Supongo que como consecuencia de mi prolongado uso de la nave. Sí, puedo leer tus pensamientos en este momento. Y sí, sé lo que hiciste, traidora. Tú fuiste quien nos denunció y por quien acabamos en la cárcel. Tú fuiste la que acabó con nuestra forma de subsistir. Pero es cierto que, de no ser por ti, no estaríamos aquí ahora.

Pero Leucosia no pensaba así, y Ligia lo sabía. Sin embargo, la dejó hacer.

—¡Jodida embustera, así que acabé en la cárcel por tu culpa! —dijo, mientras le asestaba un puñetazo a Parténope.

—Ya basta, Leucosia —dijo Ligia desde su asiento, resultando ser, a ojos de sus hermanas, más temible e imparabile que nunca—. No debemos mostrarnos hostiles frente a estas criaturas. No de momento. Es por eso que tú te quedarás aquí, Parténo-

pe. No confío en que podáis mantener las apariencias. Hablaremos de tu traición a nuestro regreso. Por lo que he sondeado en sus mentes piensan colmarnos de honores. Y, por si tenías la vaga idea de escapar...

Se levantó y, a una orden mental suya, los asientos desaparecieron del interior de la nave, convirtiéndose ésta en un espacio vacío. Parténope lo interpretó como una contundente forma de echar el freno de mano.

—No tardaremos en volver. Mientras tanto, pasea por aquí a tu antojo. He marcado tu mente, y eso quiere decir que no podrás esconderte de mí por mucho que lo intentes.

Tras eso, ambas salieron del vehículo. Desde el interior Parténope pudo ver, antes de que la compuerta se cerrara, a una comitiva de aquellos seres que las esperaban. Se marcharon, y se quedó sola en aquel hueco lugar.

Tras mucho pensarlo llegó a la conclusión de que Ligia debía saber también que Leucosia había pensado en matarla, pero no lo decía para jugar en secreto su carta. Leucosia era tan estúpida que, pensó, seguro que no había imaginado que también su cabeza podía ser sondeada. O tal vez lo supuso, pero no reparó en que podía resultar prescindible. Parténope sabía que su hermana mayor no iba a tardar mucho en saquear mundos ella sola.

Sabiéndose prisionera, Parténope no se movió de donde estaba, pero al cabo de un tiempo el simple aburrimiento la venció y decidió salir al exterior. Pudo comprobar que era incapaz de dar otra orden a la nave que la de abrir la compuerta exterior, por lo que

salió desolada, y la puerta se cerró tras de sí. Al hacerlo comprobó que la ciudad estaba, en su mayor parte, desierta. Casi vacía. Mientras avanzaba por sus anchos conductos acristalados encontraba algunas de aquellas criaturas, pero siempre muy alejadas y nunca prestándola la más mínima atención. Se sintió de repente ignorada, y no supo muy bien qué pensar de dicha sensación. Lo cierto era que aquella soledad era tan deseada como concedida, y afloró en ella el espíritu de la ladrona juvenil, inocente de intenciones, pero no por ello menos culpable de acciones, que una vez fue. Decidió colarse en alguno de aquellos edificios, de tan colosales dimensiones que no podía divisarlos por completo desde una única posición. Finalmente vio uno mucho más grande que los anteriores y, usando sus casi olvidadas aunque instintivas técnicas, se coló en su interior.

Dicho edificio, desde dentro, parecía diáfano, aunque estaba demasiado oscuro como para que ella lo concluyera sin duda alguna. Comenzó a andar hasta que encontró un hueco en la pared. No sabía por qué, pero sintió que aquel hueco era importante. Simplemente se limitó a quedarse ahí, sentada, deseando poder ver algo más que sólo algo tan insignificante.

Y, de repente, la luz inundó aquel inmenso lugar.

Parténope se sintió invadida por un terror que la heló hasta lo más profundo de su alma.

En aquel lugar había miles de naves iguales a aquella en la que ellas habían viajado. Todas distribuidas en forma hexagonal, como una gigantes-

ca colmena. Salió aterrada al exterior y, con toda la prudencia que pudo emplear, en un estado de absoluta excitación, rodeó el edificio y comprobó que era hexagonal. Miró a los otros, similares aunque no tan grandes, y no necesitó rodearlos para convencerse de que también poseían esa forma. Y entonces, mientras corría a la nave aterrada, comenzó a encajar piezas. Todo era una pantalla. Una civilización similar al siglo XVIII, la comitiva, las intenciones de colmarlas de honores... aquellos seres no hablaban, usaban la mente, y con la mente sabían mentir. Sin embargo, Parténope dudaba que Ligia fuera capaz de mentir con la mente, por muy poderosa que pareciera. Y de repente ella, que había sido considerada —contra su propia voluntad— como una Diosa, se sintió la más inútil e insignificante de las criaturas.

Llegó a la nave y trató de abrirla, pero no pudo. Desesperada, trató de calmarse y poner en orden su cabeza, y cuando lo consiguió, tras mucho esfuerzo, penetró en el bloqueado interior. Una vez allí, por muchos minutos que pasó tratando de hacer emerger los asientos, no pudo hacer nada. Su desesperación aumentó cuando comprobó que la nave ya estaba reparada y, sumida en el pánico, pensó qué podría hacer de todos modos cuando muchas más naves como ésa la persiguieran a través del espacio hasta reducirla a polvo, del mismo modo que ellas habían reducido a polvo a tantas desdichadas criaturas alienígenas.

Entonces escuchó un ruido del exterior y la compuerta se abrió. Al borde

de la histeria, se alejó lo máximo posible y vio cómo una de esas criaturas entraba con calma. Fue cuando confirmó la terrible sospecha, al ver su estatura y la altura de la compuerta, de que habían cometido un error fatal. Notó cómo escarbaba en su cabeza, no porque lo sintiera, sino porque por fin supo interpretar aquella actitud en apariencia ausente pero, muy al contrario, alerta y meticulosa. Posó sus ojos en el rostro inhumano de esa criatura y ésta la miró. Y aquella mirada llenó el alma de Parténope del mismo pavor que sus hermanas distribuyeron a miles de culturas supersticiosas, y supo que preferiría una eternidad de tormentos, cárcel y sufrimientos antes que aguantar un solo segundo más aquella mirada. Y su pavor aumentó al pensar dónde estarían sus hermanas en aquel preciso momento.

Finalmente, Parténope comprobó cómo la criatura miraba hacia las paredes de la nave y, al tiempo que lo iba haciendo, las dimensiones de la nave se humanizaban y reducían hasta ser de su tamaño. Al mirar la pared donde ella estaba, apareció un asiento readaptado. Sólo uno. Parténope lo miró, sabiendo que, sin palabras, aquella criatura le estaba transmitiendo un mensaje claro. Acto seguido salió de la nave y la compuerta se cerró. Parténope se quedó sola en el interior, demasiado agarrotada como para reaccionar de inmediato. Se levantó poco a poco, y comprobó que la nave respondía a sus órdenes. Del mismo modo pudo constatar que ya no poseía capacidad militar de ningún tipo.

Se sentó y, más calmada, pero aún llena de temor, salió de la órbita

del planeta sin que nave alguna la persiguiera. Sabía que no podía volver a la Tierra, ni en modo alguno a ninguno de los planetas donde previamente habían estado. Sondeó los datos de la nave, accesibles en su

totalidad, y partió hacia un planeta cuya civilización estaba atravesando una era de desarrollo social muy superior a la de la Tierra en el siglo XXI.

© MAGNUS DAGON, 2008.



MAGNUS DAGON
(España —Madrid, 1981—)

Antes de adoptar su actual *nom de plume*, MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ publicó en **NM** los cuentos *El Soldado Desconocido* (# 2) y *“Nergum Astrum”* (# 6). En <http://www.magnusdagon.com/> puede accederse a más información con respecto a su producción y trayectoria.

Con respecto a esta historia, comenta lo siguiente: “Parténope, Leucosia y Ligia son tres sirenas de la mitología griega, pero Ligia también era una amiga que tenía cuando escribí el relato. Una expresión que dice el personaje que tiene su mismo nombre es suya en realidad, y me la dijo un día mientras charlábamos acerca del mal que se esconde dentro de las personas: ‘yo atacaría a las personas antes de que lo hicieran ellas, pagándolas por adelantado’”.

EL BEBÉ DE CARMEN

ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ

Hacía tanto calor en aquella sala de espera que el sudor le caía a chorros. Estaba parada en la fila; la sala era enorme, llena de luz. Había más de cincuenta mujeres esperando su turno, pero todas estaban en absoluto silencio. Se respiraba en el ambiente un hedor a carne putrefacta. Las paredes sucias y los techos grasientos hacían más depreciable el ambiente. Esperaba su turno para el chequeo de cada mes. Era por demás vergonzoso para ella. Aquel hospital ahora era administrado por “ellos”. Los médicos y enfermeros no se distinguían por ser muy amables con las mujeres. Carmen tenía que pasar por tal humillación mes tras mes a sus treinta y cinco años. Como tantas mujeres que eran obligadas a satisfacer sexualmente a los “invitados”.

En los últimos años, las muertes por una extraña enfermedad sexual se habían disparado en una cantidad escandalosa. Las mujeres a las que se les detectaba a tiempo podían salvarse y seguían siendo usa-

das hasta que no les servían. Las demás, si estaban aún aptas para el trabajo, eran llevadas a un campo de trabajos forzados hasta que morían de cansancio. Si no eran de utilidad alguna, eran exterminadas. No sin antes ser objeto de las peores aberraciones.

Detrás de ella se encontraba una joven que a simple vista parecía no llegar siquiera a la plenitud de la adolescencia. Vio que apenas podía sostenerse de pie; estaba pálida y respiraba con dificultad. “Esos cerdos están empezando a usar también a las niñas”, se dijo asqueada.

—Dime, preciosa, ¿qué tienes? —preguntó.

—No me siento bien señora; creo que me estoy cociendo viva —contestó.

—¡Pero si estás hirviendo, criatura! Deben atenderte de inmediato. ¡Que venga pronto un médico!

Dos de aquellos seres se acercaron. La joven se tomaba el vientre desesperada. Se quejaba de fuertes dolores en el estómago. Abrió los

labios y alcanzó a decir “Mi niño”; luego se desvaneció en los brazos de Carmen. Un hilillo de saliva color verde le salía por la boca.

—¿Conoce a la joven? —preguntó uno de ellos.

Carmen titubeó un momento; luego con voz firme dijo: “Soy su madre”.

—Síganos; es menester que nos apuremos o la joven morirá —dijo el más alto de los dos, tomándola de la mano.

El otro cargó a la niña como si fuera una muñeca de trapo.

Caminaban de prisa por un pasillo que no parecía tener fin; desde las puertas entreabiertas se escuchaban quejidos de mujeres. El sonido de las botas metálicas de los médicos retumbaba en sus oídos como agujas en los tímpanos. Carmen los seguía con los ojos clavados en el piso, pensando. Ellos venían hablando en su lenguaje extraño. Carmen notaba que algo fuera de lo normal estaba sucediendo. Sus enormes lenguas se retorcían al hablar. El único ojo sin parpado de los seres se movía con rapidez. Estaban nerviosos.

¿Cómo había sido posible que nadie haya podido deshacerse de esas repugnantes criaturas, que nadie se hubiera imaginado el verdadero propósito de los alienígenas?

Primero llegó un centenar; después, “a los pocos días”, no había ni una ciudad sobre la tierra que no hubiera sido invadida y arrasada. Separaron a los dos sexos. Los hombres eran utilizados como esclavos en fábricas descomunales. A las mujeres

las utilizaban como objetos sexuales. Algunas las usaban “como ganado” para que procrearan más humanos para sustituir a los esclavos y esclavas que morían. Los niños y niñas eran mantenidos en enormes “granjas” a la espera de que crecieran para ser utilizados.

“Ellos” eran los culpables de la epidemia. Había algo en su esperma que provocaba la enfermedad. Algunas veces bastaba un solo contacto; otras —como sucedió con Carmen—, podían pasar años y no ocurría contagio.

—¿Qué es lo que tiene mi niña? ¿A dónde la llevan? —se dirigió al que cargaba a la jovencita.

Ninguno le contestó. Seguían hablando entre ellos. Era obvia su preocupación.

Entraron en la última sala, acostaron a la joven y la desnudaron. Fue en ese instante que se dio cuenta que la niña tenía el vientre hinchado. Debíó haber sido por el vestido holgado de color verde que les obligaban a usar que no lo notó antes. La joven parecía estar embarazada. ¿Pero cómo pudo suceder?

Uno de los alienígenas parecía estarse preguntando lo mismo. Sacó de su traje un minicomputador y empezó a ingresar datos a una velocidad impresionante. El otro acercó un aparato de ultrasonido para inspeccionar el vientre de la joven.

Eran momentos de máxima tensión; el ultrasonido reveló lo que Carmen más temía. Lo que estaba creciendo dentro del vientre de la chica era peor de lo que la mente más enferma se hubiera podido imaginar.

Sintió que su estomago no aguanta-
ba más y vomitó hasta el cansancio;
no paró hasta que sintió el caracte-
rístico sabor amargo de la hiel en su
garganta. El del minicomputador en-
tonces se dirigió al que revisaba a la
niña. Para Carmen eran sólo chas-
quidos de sus lenguas y sonidos gu-
turales que no entendía.

—Según los resultados, el emba-
razo podría deberse a la corta edad
de la mujer; sus óvulos aun no han
madurado lo suficiente y parecen ac-
ceptar los espermatozoides de nues-
tra especie sin problema alguno —dijo
el que tenía el pequeño artefacto.

—Eso es imposible. No hay ma-
nera de que nuestros genes sean com-
patibles —dijo el que manejaba el ultra-
sonido.

—Según la computadora, las po-
sibilidades de que esto ocurriera era
de una en diez millones. Es un ver-
dadero milagro.

—Mira la imagen. Se trata de un
macho. Parece ser que guarda los
rasgos de nuestra especie.

El otro enfermero sacó de entre
sus ropas un pequeño frasco con un
líquido amarillento y una jeringa. Ex-
trajo con mucho cuidado la misterio-
sa sustancia y se la inyectó a la jo-
ven. Ésta abrió de golpe los ojos, dio
un grito espeluznante y de su entre-
pierna empezaron a salir coágulos
de sangre mezclados con una sus-
tancia verdosa y pegajosa. Mientras
luchaba contra el dolor no dejaba de
gritar. “Es mi hijo. No me lo quiten”.
Luego empezó a sobresalir la cabe-
za; un enorme ojo protegido por una
membrana gelatinosa parecía estar-
los viendo. Después salieron un pe-

queño brazo torcido, el tronco y los
pies, hasta que aquella cosa amorfa
surgió por completo. Carmen veía la
escena asqueada, impotente para
hacer algo por la chica. La niña ya no
se movía; estaba muerta.

En cuanto el “bebé” estuvo afue-
ra, las dos criaturas se abalanzaron
a tomarlo. Emocionados lo abraza-
ban y se lo pasaban uno al otro. Car-
men aprovechó que estaban distraí-
dos. Tomó el frasco con la sustancia
amarilla. Llenó dos jeringas hasta el
tope y se las enterró en la espalda.

Los dos cayeron al suelo convul-
sionándose de dolor. Voltearon a ver
a la mujer que no paraba de escupir-
los. Una especie inferior estaba aca-
bando con ellos. Carmen se quedó
mirándolos asqueada y a la vez dis-
frutando cada estertor de los seres
hasta que dejaron de revolcarse. Les
arrebató la pequeña criatura y el mini-
computador. Tomó el frasco con lo
que quedaba del líquido amarillo y
salió por una puerta trasera. Se per-
dió en el calor de la ciudad.

Al final de un callejón, junto a un
gran basurero, Carmen se encontra-
ba meditando. A su lado estaba el
computador hecho pedazos y el pe-
queño mutante que, en lugar de llo-
rar, hacía un sonido que le ponía la
piel de gallina. Pensó en la pobre ni-
ña. En lo que habría sufrido y en su
lucha por querer salvar a su bebé.

Después de recapacitarlo tomó
una decisión. No debían enterarse
de lo sucedido. Acabaría con esa pe-
sadilla. Si la llegaban a atrapar le sa-
carían la verdad. “Ellos” tenían sus
métodos para hacerlo.

Abrió la pequeña boca con colmillos de aquella criatura y le dejó caer el líquido. Luego ella tomó de un solo trago lo que quedaba. Empezó a sentir cómo se contraía todo su cuerpo, luego las convulsiones. En el piso, mientras agonizaba, pudo

ver en uno de los ojos del “bebé” una pequeña lágrima derramándose sobre el pavimento y evaporarse al instante...

© ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ, 2008.



ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ

(Estados Unidos Mexicanos —Jalacingo, Veracruz, 1970—)

Asiduo colaborador en medios como **Axxón**, **NGC 3660**, **Alfa Eridiani** y **Crónicas de la Forja**, en **NM 2** publicó *Lecciones de guerra* y, en **NM 8**, *Justicia expedita*.

Vive en la isla de Cozumel desde 1988 y es padre de seis hijos. Su género favorito es el terror.

YO SOY UN “CYBERPUNK”

CARLOS DAMINSKY

¿Amor?

Guillermo Martínez salió de la tienda de prótesis e implantes con un nuevo juego de retinas oculares violetas y un *pack exomáscara* de última generación, acoplado en la mitad izquierda de su cara mediante varios cordones neuronales. Todo le había costado 10.000 créditos. La verdad que no muy caro para los tiempos de crisis que corrían.

Subió en su motocicleta flotadora y luego se miró unos instantes en el cristal de la tienda. Sus ojos violáceos brillaron. Listo.

Arrancó la montura, una TTIW de chasis tubular y aleación ligera, y ésta ascendió varios palmos del suelo. Luego dio un golpe de puño y salió disparado hacia la autopista despidiendo un destello argentino.

Mientras iba adelantando a los vehículos por la atestada vía, le entró una llamada. Se desplegó un auricular para el oído y otro para hablar.

—¿Siiii?

—Willy, soy yo. —Enseguida reconoció la voz modificada, que en aquellos momentos usaba un tono... realmente *sexy*.

—Ah... Ángela... ¿Qué quieres?

—Puedes pasar por aquí, cielo.

—¿Dónde estás?

—Ahora mismo estoy en el Zentrum B12.

—Me pilla un poco lejos, ahora mismo me iba para mi cubículo.

—Venga, Willy, hay premio. Tengo unas cuantas tabletas de las buenas...

—De acuerdo... Estoy ahí en un cuarto de hora.

—Te estaré esperando.

Guillermo le dio a tope al acelerador.

Aparcó y bajó de la motocicleta. Con un mando a distancia accionó el sistema de seguridad antirrobo e inmediatamente un telón de acero blindado se extendió por todo el chasis y la montura quedó acorazada.

Antes de ir al local desplegó a voluntad los implantes capilares de su cabeza afeitada, creando un peinado

a lo cepillo de color rubio platino. Después efectuó unas cuantas modificaciones automáticas en su morfotraje, adornándolo con ribetes plateados. Por último hizo las botas más altas, hasta las rodillas.

Enfrente, una pantalla de plasma con letras en 3D anunciaba el nombre del establecimiento: ZENTRUM B12. Un garito para *cyborgs* pijos y humanos tribales de lo más exóticos.

En la entrada al local un robot guardián de chasis primitivo, un exoesqueleto antropomorfo lleno de cables, lo inspeccionó. "Montón de chatarra...", pensó mientras esperaba.

El autómatas concluyó y se hizo a un lado. La puerta iris retrajo su hoja de platino y Guillermo pasó con prisa.

Dentro la fauna de siempre... Los *cyborgs* que vestían a la moda eran mayoría. Sus pelos con formas torvas, los trajes de cortes picudos y las botas con plataformas nacaradas, destacaban ostensiblemente. También había humanos que vestían quimonos de adornos florales, otros con togas anaranjadas...

El bullicio era alto y la muchedumbre se desplazaba de aquí para allá, caóticamente, entre la pista de baile y la atestada barra. La música electrónica retumbaba. La canción que sonaba era *Mesías tecnológico*.

Se abrió paso entre la masa hasta llegar a la pista. Las luces catódicas refulgían produciendo extraña formas.

Hizo un barrido con su visor, hasta que el círculo rojo parpadeó sobre una figura. Ella.

Ángela sonrió al verlo aproximarse. Estaba hermosa y provocativa. Sus perfectos pechos implantados estaban

apenas cubiertos por una suave cadena de bromo y el pantalón ajustado, de polivinilo azul eléctrico, le marcaba sensualmente la cadera. Alrededor de la cintura portaba un correa de cristales irisados.

Le hizo una seña con el dedo, mientras bailaba. Guillermo se acercó, le puso las manos en la cintura y ambos danzaron juntos. Ella llevaba una gargantilla de cuero con un rubí. El fragante perfume de feromonas, enseguida penetró por sus fosas nasales... Excitado le besó el cuello y después descendió hasta sus pechos mientras ella le acariciaba la cabeza. En aquellos instantes, Ángela desenganchó un cristal de su cinturón y se lo tragó de golpe. A continuación, Guillermo le retiró las cadenas de las tetas y acopló su boca en un pezón. Éste giró hasta que la areola estuvo ensamblada y entonces pudo chupar.

El efecto del narcótico pasó directamente a su sistema neuronal.

Más tarde, cuando el efecto de la droga llegó a su apogeo, ambos salieron de la pista de la baile y se dirigieron al reservado que ella tenía en el *pub*.

Se abrió una compuerta en la pared y una cama con sábanas blancas se deslizó hacia fuera. Los dos se echaron en su colchón flexible y el lecho se volvió a encajar, introduciéndose en una cámara insonora bañada por luces tenues. Sonaba música, pero nada de sonidos electrónicos. Era música clásica antigua.

Se desnudaron, y después un efecto antigravitatorio hizo que sus cuerpos

volaran ligeramente. En aquellos instantes, la telepatía afloró.

Ángela, que lástima que seas un robot...

Chisst... cariño... ahora relájate...

A continuación sus cuerpos descendieron de nuevo hasta la cama. En el cabezal había un ramo de rosas que parecía auténtico; despedía una dulce fragancia.

Ángela se colocó encima de él.

Guillermo sintió su cuerpo frío. A pesar de todo, de la droga que permitía hacer el amor con androides, había una cosa que no podía simularse... La calidez de un verdadero cuerpo o... de un cuerpo lleno de implantes como el suyo.

Desconectó sus pensamientos, se relajó y empezó a sentir el placer que ella le proporcionaba con sus rítmicos movimientos de pelvis.

Ángela... Ángela...

Mientras analizaba el sistema multifásico de su estructura interna con las herramientas del programa *software*, el contestador automático le pasó una llamada holográfica. El dibujo en 3D de Ángela surgió en el aire rotando lentamente... como si fuese la aparición de una deidad.

Éste es un mensaje automático iniciado a las 17:00 horas del día en curso, como respuesta procesal a la falta de constantes de activación del modelo AWZ 3000 DXT...

Aquel número era el código robot de... Ángela.

Apagó la computadora. Se desconectó los cables que tenía acopla-

dos a la médula espinal, y después dio un golpe de impotencia sobre la mesa.

Los Controladores de la Verdad, un total de ciento veinte, se habían activado nada más entrar y lo iban siguiendo camuflados en los más diversos lugares. En el techo... entre las plantas artificiales de decoración... en el suelo... en los funcionarios que pasaban por su lado... incluso en su espalda...

Todo seguía con lo previsto.

Guillermo no podía llorar. Sus ojos artificiales no disponían de glándulas lacrimales. ¿Para qué adaptarlas? Aquel día le hubieran hecho falta.

A través del cristal protector contemplaba los restos destrozados y chamuscados. Una sensación extraña le recorrió de arriba abajo... y en su mente ascendió un pensamiento que había permanecido subyugado. La quería. Sí. Jamás se lo había dicho. Ni tan siquiera una palabra. Ahora era tarde. Aquellas piezas que ahora eran simples chapas, habían despertado una pasión que jamás había vivido en ningún otro momento.

—¿Guillermo?

—Sí, soy yo —dijo el *cyborg* dándose la vuelta.

Frente a él, había un humano con unas gafas visor con una bata blanca.

—Soy Jerónimo Lacatus, el coordinador del Centro de Procesamiento —dijo, ofreciéndole la mano.

Guillermo se quedó mirándole la palma. Aquel gesto era típico de los humanos y él no estaba acostumbrado.

—Ah... perdón —dijo el coordinador, retirando la mano—; bueno, si es tan amable de acompañarme al despacho.

La puerta de seguridad hizo un barrido de análisis con una luz blanca sobre ambos y después un piloto verde se encendió en la cerradura.

—Bueno, adelante —dijo Jerónimo Lacatus abriendo la puerta.

—Como verá, es muy extraño que un robot deje su *legado* a un *cy... cy...* Bueno a alguien. En este caso, su memoria automática de finalización...

—Ángela fue destruida... ilegalmente, ¿verdad? —interrumpió Guillermo.

—Sí, señor Martínez. El informe de la Tecnopolicía correspondiente lo tiene aquí, claro está... Junto con el legado-memoria. —Le pasó una pequeña caja de metal.

El *cyborg* lo tomó suavemente, como si tuviera miedo de romperlo.

—Ya sabe que la unidad robótica... eh, Ángela... no pertenecía a ninguna Corporación; por lo tanto no será investigado...

—¡Ya, ya! —interrumpió Guillermo, alzándose para marcharse.

—Ah, perdón —dijo el coordinador—. Los gastos funerarios de procesamiento son 20.000 créditos.

El informe de los *polis* era simplemente un registro de rutina de datos. Hora... lugar... emplazamiento... Apagó la pantalla cansado. Su cabeza le estaba produciendo dolor.

Miró unos instantes la unidad rectangular de memoria de color blanco. Ángela... Ángela...

Después se levantó de la multiconsola, se metió en la cama tubular transparente y descansó. El sueño llegó rápido. Pero fue sólo sosegado, hasta que la cuenta atrás llegó al final. 5... 4... 3... 2... 1...

El diminuto dispositivo se desactivó de su corteza cerebral y después se disolvió inocuamente. Guillermo recuperó sus propios pensamientos. “Lo siento de veras... Ángela”.

Fue hasta la consola y activó la computadora. Enseguida el sistema operativo conectó directamente con su memoria extracerebral e instantáneamente se descargaron los archivos. Listo.

Estuvo visionando todas las imágenes varias veces, comprobando que toda sus reacciones y pensamientos habían pasado por reales en el Centro de Procesamientos. No había levantado sospechas. Los gráficos iban anunciando un 100% de efectividad, en todas las reacciones.

Así que el mecanismo autoinstalable de alteración de actitud había funcionado a la perfección... Toda una pieza de artesanía tecnológica. Extremadamente difícil de encontrar, ya que combinaba a la vez arquitectura orgánica y digital. Era capaz de pasar los más sofisticados Controladores de la Verdad. Transformaba y tomaba el control de la razón de tal manera que uno ya no era dueño de sí mismo durante el periodo de tiempo programado para su acción. Era

como ser una especie de marioneta, cuya boca era manejada por un ventrilocuo infalible.

Después fue hasta el pequeño aparato de memoria legado de Ángela y lo aplastó varias veces con sus puños, hasta hacerlo pedazos...

Ella había sido un objetivo fácil. Después de borrar el marcador de Cor-

poración de su ficha de registro, la eliminación había resultado sencilla.

Una cita. Un paseo. Un callejón sucio. Un destello láser...

Le habían pagado 1.000.000 de créditos por el trabajo, pero él hubiera deseado tener lágrimas para llorar.

© CARLOS DAMINSKY, 2008.



CARLOS DAMINSKY
(España —Alcoi, 1973—)

Lector de WILLIAM S. BURROUGHS, DICK, BUKOWSKI, JORODOWSKY, RAMSEY CAMPBELL, POE y LOVECRAFT, le gustan el surrealismo, los cuadros de DALÍ y el *Ulises* de JOYCE. En **NM 9** publicó *Arquetipo*.

EL CERROJO DEL MUNDO ESTÁ EN BUTTELER

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS

*Igual que en la vidriera irrespetuosa
De los cambalaches
Se ha mezclado la vida
"Cambalache", ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO*

El doctor Imanol Beltrán, profesor de Psicopatología de la Universidad de Buenos Aires y director de la Clínica de Psicopatologías y Desórdenes de la Personalidad —CPCD—, se acomodó detrás de su escritorio. Un rayo de sol entraba por la única ventana de su despacho, haciendo relucir su pelo entrecano. Se quitó los anteojos y se hicieron visibles las enrojecidas marcas que hundían los lados de su nariz aguilena. Con gesto mecánico, limpió los cristales usando el borde de su camisa. Luego se apretó la nariz usando el índice y el pulgar de la mano izquierda y se la retorció hacia uno y otro lado, presa de un tic espasmódico.

Golpearon a la puerta. Beltrán se puso los anteojos y miró su reloj de pulsera: las diez y media de la mañana. Le satisfizo descubrir que Andrés Gutiérrez, su alumno del curso de posgrado, era puntual. Dijo cansinamente:

—Adelante.

El licenciado, un joven rollizo y vivaz, tomó asiento frente a él, y saludó:

—¡Buen día, doctor Beltrán!

Sus ojillos traslucían un húmedo optimismo, empotrados en el rostro redondo, apenas visibles bajo la sombra del desgreñado pelambre rojizo. Apretaba contra su pecho una carpeta azul, rebosante de hojas sueltas: su manajo de apuntes.

—No se apresure, Gutiérrez. Por la noche veremos si el día ha sido bueno.

Por un instante el licenciado no supo qué decir. La cortante observación de Beltrán lo había tomado desprevenido. Intentó salir del paso recordando una de las sentencias favoritas de su profesor:

—¡Ah, por supuesto! Tiene usted razón, doctor. Nunca hay que anticiparse...

—...a los hechos. Muy bien, Gutiérrez. Bueno, lo escucho. ¿Qué me puede decir del paciente?

—Dice llamarse Tristán. Afirmo no tener un segundo nombre, ni apellido. Por lo que he podido averiguar, es un NN. No hay papeles, ni rastro alguno en el Registro Nacional de las Personas. Dice que tiene "veintiocho años

terrestres”, fíjese usted. No hay datos fehacientes de su nacimiento. Según parece, ha pasado la infancia y la adolescencia confinado en orfanatorios e institutos para menores. Presuntamente logró fugarse, y vivió un par de años en la calle, hasta que lo internaron en el Hospital Borda el 15 de marzo de 2001. Hace un mes escapó y fue arrestado por hurto agravado.

—Todo un sobreviviente.

—Así es, doctor. Lo que en principio fue una simple crónica policial en un noticiario, terminó transformándose en un revuelo mediático al descubrirse que Tristán no tiene identidad verificable. Usted debe haber oído alguna de las hipótesis que barajó el periodismo. Hasta se reavivó la cuestión de los hijos de los desaparecidos, nacidos en los centros clandestinos de detención. Eso siempre vende, fíjese usted. Finalmente, Tristán fue enviado a la CPCD por disposición judicial.

—Así es. Pero esto tiene que ser algo más grande. No creo que un niño nacido en la ESMA o en El Olimpo durante la dictadura sea motivo de preocupación para las agencias internacionales que, cebadas por los medios, apremian al juez Maldonatti. Él mismo solicitó que hiciéramos la evaluación del paciente. Por eso lo trajeron aquí. ¡Como si tuviéramos pocos chiflados! Descríbame el cuadro, Gutiérrez.

—A simple vista parece un psicótico más, doctor. Pero, fíjese usted, su delirio está muy bien sistematizado. Sus esquemas están brillantemente estructurados. No le encontré fisuras. El tipo cree que es extraterrestre. Bah, ésa es una interpretación demasiado

simplista. Asegura pertenecer a los “Buscadores”, una especie de gremio u orden mística del espacio exterior. Habló de “infradimensiones” y “supradimensiones”, y afirma ser un “interón”, o un nacido en los “intersticios dimensionales”. Jura que no es humano.

—Tiene ingenio para los neologismos, ¿no? Cuénteme cómo explica la cuestión de su cuerpo. Y qué dice acerca del idioma.

—¿El cuerpo? ¡Ah! ¡Por supuesto! Es una de las primeras preguntas que tenemos que hacer en estos casos. Debemos descubrir que argumento brinda el sujeto para...

—Aclaremos algo, Gutiérrez: no le estoy tomando examen. Maldonatti quiere nuestra opinión profesional, vertida en un informe completo y minucioso. Lo convoqué a usted para esta práctica profesional porque es el mejor promedio en mi curso de posgrado. Pero no quiera hacerse el sabihondo conmigo. Que haya obtenido la Licenciatura en Psicología tan rápidamente no significa nada para mí. Así que no trate de impresionarme. Por ahora sólo límitese a indicar los hechos.

—Muy bien, doctor. Disculpe usted —se excusó Gutiérrez, rebuscando nerviosamente en su carpeta. Consultó una de las maltrechas hojas cuadriculadas y barbotó—: El paciente arguye que a cada Buscador se le asigna un “organismo vehicular”, semejante al cuerpo de un crío de la especie dominante del mundo al cual ha sido destinado.

—Organismo vehicular. Ajá. Muy interesante. ¿Muestra alguna conducta autodestructiva? ¿Autoflagelación?

¿Se deja higienizar? ¿Se abstiene de comer?

—No se ha lastimado, aunque usted sabe que lograr tal cosa es casi imposible. Los enfermeros vigilan a los pacientes todo el día. Y no hay un solo objeto cortante en las instalacio...

—Como ya dijo, Gutiérrez: yo sé que es muy poco probable que alguien pueda lastimarse en mi clínica. Sólo quería saber si el paciente lo había intentado. Evite las obviedades, por favor.

—Desde luego, doctor. Sólo los hechos. Veamos. El paciente se alimenta bien, aunque dice que todo le sabe extraño. Los enfermeros que custodian las duchas no han reportado inconvenientes. Sin embargo, se pasa las horas palpándose el rostro y haciendo mohínes de asco. Le dan arcadas cuando se toca el cabello. A veces, se acaricia la nariz, los genitales o los dedos de los pies con evidente extrañeza, como buscando la razón de tener tantos apéndices.

—Delirio somático.

—Eso parece. Aunque este síntoma que presenta Tristán no estaría relacionado con alguna parte de su cuerpo, sino que todo él le parece nauseabundo. Por eso creo que se trata de una insólita variedad de dismorfia: a Tristán le disgusta su cuerpo, pues asegura que no es suyo, que se lo adosaron para arreglárselas en nuestro planeta. Por momentos parece haber olvidado cómo usar sus miembros. Los enfermeros también me han contado que han tenido que enseñarle a emplear los inodoros, fíjese usted. Al principio se ensuciaba las ropas. O le daba lo mismo orinar y defecar en cualquier lado. Ahora se

ha aficionado a la masturbación. Está muy entretenido con su nuevo *hobbie*.

—Interesante.

—Sí. Cuando no manifiesta un abierto rechazo por su cuerpo, su comportamiento indica que éste le parece algo sumamente raro.

—Investiga su cuerpo. En eso es como un niño curioso.

—¡Exacto, doctor! El infante se descubre y descubre el mundo, investigándolo todo sin condicionamientos ni tabúes...

—¿Va a parafrasear a Freud muy seguido? —preguntó Beltrán, mirando al joven por sobre el marco de sus anteojos.

—No. Discúlpeme usted, doctor.

—¿Y el asunto del idioma, Gutiérrez?

—Bueno: aquí vuelven a aparecer los detallados argumentos que organizan su delirio, fíjese usted. Los interones que son amalencados, atraviesan las supra y las infra...

—¿Cómo dijo?

—Discúlpeme, doctor. “Interones” son los entes de...

—...de los intersticios dimensionales. Pero no recuerdo que me haya explicado lo demás.

—¡Oh! Por supuesto. “Amalencar” parece referirse a la técnica que usan los Buscadores para materializarse en el mundo donde son enviados. “Supra” e “infra” son formas abreviadas para “supradimensiones” e “infradimensiones”. Es que se me ha pegado la forma de hablar del paciente. Discúl...

—Ajá. Siga, hombre. ¡Y no se disculpe tanto, por Dios!

—Los Buscadores, decía, son entrenados para comunicarse con la

especie dominante del mundo donde se los amalencan.

—Por lo tanto, los mentores que Tristán tuvo en la academia de interones que aspiran al amalencamiento sabían que en esta parte de la Tierra hablamos castellano —se burló Beltrán, torciendo la boca en una cínica sonrisa.

Al licenciado le pareció prudente festejar la ironía del doctor:

—¡Sí que es absurdo! Aunque también afirma que, además de hablar con fluidez doce idiomas terrestres, domina ocho lenguas “rustanías” y diez “tuleposianas”.

—Interesante. ¿Lo verificó?

—¿Doctor?

—Lo de los idiomas terrestres, hombre.

—¡Ah! Por supuesto. Discúl... Eh, pues no. No he podido verificarlo, fíjese usted. Dice que no tiene sentido hablar en otra lengua cuando el castellano sirve perfectamente.

—Loco pero no tonto.

—¡Exacto! Como en todos estos casos. El paciente, utilizando esquemas que responden a una lógica de factura propia, evitará que se desmorone el andamio sobre el que se erige el cuadro psicopatológico que le brinda estabili...

—¡Ya le he dicho que no tiene que recordarme lo que dicen los libros, Gutiérrez! Está agotando mi paciencia. ¿Por qué no me cuenta más sobre los Buscadores?

—Los Buscadores, por supuesto. En apariencia se trata de una orden de interones cuya finalidad es hallar unos “pórticos”. Con ese propósito son amalencados a través de las diversas supra e infra.

—¿Pórticos?—dijo el doctor, mientras se rascaba las orejas con fruición.

—Así es, fíjese usted. Dice que son puertas interdimensionales que existen en la mayoría de los mundos que visitan, o algo por el estilo.

—A ver si entendí bien. Ellos pueden “amalencarse”, trasladarse a través de las dimensiones físicas de un mundo a otro. ¿No es así? Entonces, ¿para qué buscar esos pórticos?

—El paciente sostiene que a través de los pórticos los interones extenderán la “red metaversal”. Por lo que pude entender, se trata de una trama de senderos interdimensionales que une a múltiples mundos habitados, los cuales, de otro modo permanecerían aislados por distancias insalvables. Sucede que sólo los interones tienen la habilidad de amalencarse. Pero a través de la red, cualquiera de los habitantes de los mundos enlazados podría recorrer todo el espectro dimensional del “metaverso”. Desde los mundos situados en la más baja de las infradimensiones hasta los que se encuentran en más elevada de las supradimensiones.

—Mierda, Gutiérrez. Como lo plantea el paciente, ese “metaverso” parece un lugar donde imperan las diferencias clasistas...

—¡Ja, ja! ¡Qué ocurrente, doctor! —Ahora el licenciado se rió con soltura de la chanza. Pero calló repentinamente al ver la adusta expresión de Beltrán.

—Y supongo que el paciente a-severa que lo enviaron a Buenos Aires a buscar uno de esos pórticos: el argumento de una novela barata de ciencia ficción.

—Sí, doctor. Recuerdo haber visto una película donde un hombre internado en un psiquiátrico afirma ser un extraterrestre...

—“Hombre mirando al sudeste”.

—¡Exacto!

—Hay decenas de ejemplos, Gutiérrez. Pero volvamos a nuestro caso.

—Tristán insiste en que fue enviado a la Tierra como una especie de “Adelantado”. Aunque en una ocasión comentó que hubo otro Adelantado, amalecado aquí antes que él. Habló de ese Buscador como si se tratara de un desertor. Es más: dice que él debe “activar” el pórtico que ese primer interón “inhabilitó”. El pórtico está ubicado en... A ver. Permítame revisar mis anotaciones. ¡Aquí está! En el pasaje Butteler, en Parque Chacabuco.

—Butteler. El pasaje más extraño de Buenos Aires. Yo crecí en ese lugar, Gutiérrez.

Por un momento la ceñuda expresión de Beltrán se ablandó, y su mirada traspuso los anteojos en busca de las frágiles imágenes amontonadas en la memoria. Se recostó sobre el respaldo de su sillón, y el rayo de sol que entraba por la ventana le confirió un halo a su rostro. Continuó con tono melancólico:

—Se trata de cuatro callecitas que corren diagonalmente desde cada esquina de la manzana, dividiéndola en trapecios. Forman una equis en cuyo centro hay una plazoleta rectangular, frente a la cual se levanta la casa de mis difuntos padres.

—¿Vivió allí? Pero fíjese usted qué casualidad, doctor...

—Sí. Recuerdo que al salir de la escuela, mis amigos y yo íbamos a

esa placita a jugar durante toda la tarde... ¿Le gusta el tango, Gutiérrez?

—¿Cómo dice, doctor?

—El tango, Gutiérrez —repitió Beltrán. Entonces cantó, impostando la voz, pero sin afinar—: “Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé... En el quinientos seis y en el dos mil también”.

El licenciado lo miró confundido.

—¿Nunca escuchó *Cambalache*?

Es uno de los más grandes tangos de todos los tiempos... La plaza del pasaje Butteler lleva el nombre de su autor, Enrique Santos Discépolo, también conocido como “Discepolín”.

—Pues, no sé nada sobre él. Disculpe mi ignorancia, doctor.

—¿Sabe una cosa, Gutiérrez? Aunque así parece, yo nunca he estado de acuerdo con la visión tan pesimista que Discepolín tenía del mundo.

El licenciado enmudeció. Beltrán lo desconcertaba. Y como no quería estropear la oportunidad que significaba la práctica, decidió esperar en silencio.

—Vamos, hombre. Está bien. Sé que ustedes sólo escuchan esa música que está de moda... ¿Cómo mierda se llama? Ah, sí: *reggaetón*.

—Bueno, no sólo escucho *reggaetón*, doctor. También...

—¿De modo que el paciente le dijo que hay uno de esos pórticos en el pasaje Butteler?

—¿Significa algo para usted, doctor? Usted vivió allí. Tal vez recuerde algún detalle relevante.

—Nada en particular, Gutiérrez. No pensará usted que yo he visto uno de esos pórticos.

—No, por supuesto. Creí que...

—Salvo su insólito trazado, Butte-ler no tiene nada de especial. Sólo es un pasaje más, como tantos otros que hay en la ciudad. Sucede que su men- ción despertó algunos recuerdos de mi niñez... Hay un detalle que no me explico: ¿Por qué el paciente le contó todo esto? ¿No se supone que el co- metido de Tristán es algo así como una misión secreta?

—Así es, doctor, fíjese usted. Pe- ro dice que ya no tiene importancia, porque ha fracasado. Sólo puede es- perar “la disolución”, una especie de castigo. Parece que, entre los inte- rones, la disolución es el equivalente de la muerte.

—Ajá. Menudas ideas persecuto- rias tiene nuestro paciente... —espetó Beltrán, mientras se restregaba las ma- nos con frenesí y se hacía sonar los nudillos ruidosamente—. Me gustaría que me dé un diagnóstico preliminar, Gutiérrez.

—Luego de someter a Tristán a u- na meticulosa observación y de entre- vistarle repetidas veces, llegué a pensar que el rasgo distintivo de su psicosis es algún tipo raro de disociación corporal.

—Lo escucho.

—El paciente, fíjese usted, tiene enormes problemas para reconocer su rostro y su cuerpo como propios. El ar- gumento que necesita Tristán para man- tener en pie su delirio es el concepto de “organismo vehicular”, la firme creencia de que lleva auestas un cuerpo que no es suyo, un cuerpo que le resulta extraño y repugnante. Su infancia y a- dolescencia tienen que haber sido muy traumáticas. Es muy probable que haya sido víctima de violaciones reiteradas y de castigos físicos regulares. Yendo de

un correccional a otro desde temprana edad, antecedentes de este tipo no se- rían de extrañar. Si repasamos los po- los del *self*, encontramos...

—La Escuela Francesa.

—¡Exacto, doctor! —Ahora, el li- cenciado estaba completamente in- merso en la explicación de su hipótesis. Las mejillas encendidas indicaban su grado de exaltación. Estremecidas por sus manos inquietas, las arrugadas ho- jas cuadriculadas escapaban de la car- peta azul como pájaros asustados—. Tristán ha desarrollado un delirio por depreciación del polo corporal, que se completa con la exaltación del polo in- tellectual: su psicosis es, de alguna for- ma, una parafrenia. ¡De ahí surge todo el asunto de los interones y los Busca- dores que son amalencados tras la pis- ta de los pórticos!

—Muy bien, Gutiérrez, muy bien. Suena convincente. Sugiero que cate- gorice la parafrenia del paciente basán- dose en la clasificación diagnóstica tra- dicional. No creo que el DSM tipifique de un modo claro un caso como éste. Relea a Kræpelin. Revise la noción de “psicosis fantástica” de Henri Ey, ahon- dando en el pensamiento paralógico y la megalomanía. Recuerde que no hizo mención alguna de alucinaciones. Ine- vitablemente, una parafrenia de este tipo debería provocar episodios alucina- torios. ¿Tristán ve o escucha a otros interones? ¿A otros seres del metaver- so? Y otra cuestión es que no ha re- ferido episodios cenestésicos extraños. Si usted está en lo cierto respecto de la disociación corporal, el paciente tiene que experimentar alucinaciones cenestésicas. Seguramente hay mucho de e- so. Indague más.

—¡Por supuesto, doctor! No lo había tenido en cuenta... —barbotó el licenciado, mientras garrapateaba nerviosamente las indicaciones del Beltrán sobre una de sus hojas.

—Por último le sugiero que incluya en su reporte algún dato sobre la relación entre masonería y arquitectura. Hágalo al comentar sus impresiones del pasaje Butteler. Me imagino que tiene pensado ir por allí: su trabajo no estaría completo sin una visita a la plazoleta “Enrique Santos Discépolo”.

—¿Una visita a la plazoleta...? ¡Ah! ¡Sí! Desde luego. Pero... ¿Masonería, doctor?

—Sí, Gutiérrez. Los medios han levantado una polvareda bárbara con el paciente. Imagínese. Un tipo que no existe, que no figura en registro alguno. Un loco de atar que tiene antecedentes penales. ¡Y que asevera haber nacido en los intersticios dimensionales! Un final feliz para esta historia sería que Maldonatti autorice un análisis de ADN y Tristán resulte ser un hallazgo más de las Abuelas de Plaza de Mayo. Pero también hay otras posibilidades, menos auspiciosas: el sujeto puede transformarse en adalid de los ufólogos, conspiradores y agitadores místicos ¿Y si Tristán se ha fugado de alguna secta peligrosa? Tal vez los inquisidores de la CIA y el FBI que acechan a Maldonatti se conformen con una fría explicación psicopatológica. Pero el periodismo sensacionalista y la opinión pública querrán algo más. Algunas logias masonas creían en el poder de la arqueopolisomancia, una disciplina esotérica que establecía cánones arquitectónicos anómalos. Al edificar según estas reglas, se componía

alguna clase de sortilegio capaz de atraer a entes sobrenaturales. Será un detalle que las crónicas amarillistas no pasarán por alto. Confío en el que juez sabrá apreciar el gesto.

—Muy bien, doctor.

—¿Recuerda que le dije que no le estaba tomando examen? Pues no le mentí. Pero quiero que sepa que su tesis de graduación contará con algunos puntos de antemano si sigue mis instrucciones al pie de la letra, Gutiérrez. Lo espero la semana próxima para revisar la versión definitiva del informe.

Esa tarde, al salir de la CPCD, el doctor Beltrán condujo hasta Parque Chacabuco, a pesar de que no era el día de vigilancia. La nostalgia lo había atrapado definitivamente, empujándolo hasta la plazoleta. Estacionó su Volkswagen en Senillosa y Avenida Cobo. Salió del automóvil y se detuvo en la entrada del brazo sudoeste del pasaje con forma de equis. Contempló los verdes hierbajos que asomaban entre los adoquines del empedrado: el tránsito que circulaba por Butteler era escaso. Pensó que el tesón de esos pastos ralos era admirable. Cuidando de no pisotearlos, avanzó a través de la calle lilliputiense. Penetró en un mundo al margen del tiempo, donde el aire de arrabal tanguero se espesaba entre las paredes decoradas con coloridos murales y algunos *graffitis* de variado tenor: desde la ferviente expresión futbolística hasta la declaración de amor o el mensaje obsceno ilustrado.

Al llegar a la plazoleta central, tuvo la sensación de haber arribado a una antigua aldea desierta. El busto de Discépolín, de bronce verdinegro, espera-

ba en vano el súbito abrazo de una última musa inspiradora. Ahora su destino era el de un centinela inmortal que debía proteger el arenero, los juegos, los maceteros y los bancos: todo el mobiliario que la posteridad le había dejado. El alambicado tobogán y los maltrechos subibajas posaban como esqueletos de un museo. La plaza —un cuadrado de asfalto cercado con pétreos cordones— era un microcosmos que parecía arrancado de algún extraño sitio para terminar enclavado en el centro de esa manzana. Una angosta calle de lustrosas piedras, idénticas a los adoquines que empedraban los brazos de la equis, rodeaba la plazoleta, como un foso cavado para otorgar invulnerabilidad a un alcázar medieval.

Beltrán rememoró cómo él y sus amigos de la infancia poblaban la plaza, dando vida a las chirriantes hamacas, gritando y riendo. Contar con una plaza propia era motivo de gran felicidad. No cualquier chico tenía la suerte de salir de su casa, cruzar en dos o tres saltos una calle completamente inofensiva, y ya estar revolcándose en la arena, o hamacándose, o lanzándose por el tobogán. Paseó la mirada sobre las fachadas de las casas hasta encontrar la deslucida puerta de madera marrón. Buscó el ovalo de chapa, amurado a la mampostería. Sí, ahí estaba: “Butteler 11”. Aún podían leerse las letras blancas sobre fondo negro. Ésa era la casa de su niñez. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando pensó en sus padres. Rubén y Amelia Beltrán lo habían adoptado cuando tenía tres años. Le habían prodigado mucho amor y una educación, todo lo que lo

había transformado en lo que él era hoy.

Cuando sus padres murieron, Beltrán había vendido la casa de Butteler 11. Pero regresaba a la plazoleta cada mes, sólo para cumplir con las rondas de guardia. Pues nunca había olvidado que la plazoleta era un templo, un centro nervioso, un faro capaz de trasponer las sombras y el humo de la ciudad para convocar a los engraidos seres que deambulaban ociosamente a través de una mirada de mundos, empleando para ello una trama inconcebible.

Por fin había llegado el momento para el cual se había preparado durante tantos años: la constante guardia había dado sus frutos. Los Buscadores estaban probando acceder a esta región una vez más, utilizando su desalmado régimen. Sobrevivir en un mundo completamente extraño nunca era un asunto sencillo para un Adelantado. Él había sido muy afortunado. Pero Tristán no había tenido su suerte.

Se preguntó cuándo volvería a escuchar las voces, cuánto tardarían en establecer contacto visual con él. Se encogió de hombros: los mensajes intimidatorios no lo habían asustado antes y tampoco lo harían ahora. No temía a la disolución: a estas alturas, los Buscadores sabrían que él era el único interón capaz de activar el pórtico de Butteler. No podían darse el lujo de eliminarlo. Nadie conseguiría discernir los intrincados pases que había hilvanado a través de la equis, haciendo cientos de caminatas cuidadosamente esquematizadas. Había echado un formidable cerrojo sobre este mundo. El fracaso de Tristán probaba que la taumaturgia que había proyectado sobre el pasaje de pe-

culiar arquitectura era eficaz. Recordó a los masones y sonrió. Pensó que resultaba muy curioso que, en la mayoría de los mundos en los que había sido amalencado, hubieran surgido creencias religiosas, disciplinas científicas o filosofías herméticas que vislumbraran torpemente los principios del traslado metaversal.

Él que alguna vez se había llamado Imanol a secas, miró su reloj: las ocho menos cuarto. El día había sido bueno, después de todo. Se acercó al busto de bronce. Entonces se pellizó la nariz repetidas veces, y también se rascó las orejas con insistencia. Pensó en Gutiérrez y su diagnóstico: al menos tenía razón respecto de la disociación corporal. Aunque hacía mucho tiempo que su organismo vehicular había dejado de incomodarlo, seguía siendo difícil eliminar los tics, aun después de tantos años. A lo largo de su prestigiosa carrera había conocido a muchos colegas que pensaban que él padecía el síndrome de Tourette.

—¡Discepolín querido! —murmuró, palmeando la cabeza del busto—. ¿Cómo podías saber que, cuando escribías *Cambalache*, relatabas con precisión cómo es el lugar de mierda donde yo nací? Describiste la insulsez del

hábitat de los interones, la vanidad de sus corruptas castas dinásticas, estirpes de dioses perezosos y hedonistas. Denunciaste la indolencia del metaverso: esa masa amorfa que ha absorbido la belleza de la singularidad. Que, junto con los parsecs, ha fagocitado las barreras de la identidad. ¡Ése es el verdadero cambalache, que sólo ha conseguido que los rasgos distintivos de tantas civilizaciones se diluyan en un cóctel promiscuo! En cambio, este mundo que has creído una porquería es maravilloso. ¿Oíste, querido Discepolín? ¡Maravilloso! Y por eso debe seguir intacto...

Una euforia ardió en su pecho, renovando el compromiso que había asumido tanto tiempo atrás: se había jurado a sí mismo que nunca permitiría que la Tierra fuera tragada por el cambalache metaversal.

Cuando puso en marcha el Volkswagen, las luces halógenas de los postes de alumbrado se encendieron y el añoso empedrado del pasaje Butteler —sobre el cual se delineaba el invisible y enmarañado cerrojo del mundo— se tiñó de fulgores blancuzcos.

© NÉSTOR D. FIGUEIRAS, 2009.

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS
(Argentina —Buenos Aires, 1973—)

Frecuente colaborador en publicaciones del género, sueña con conectar el universo de la ciencia ficción con el de las melodías y sonidos, hasta el punto de afirmar que algunas de las creaciones del *Hacedor de estrellas* de STAPLEDON son universos musicales.

La versión original de este relato ganó en la categoría “Cuento más elaborado” del Primer Concurso Porticano y se publicó en el *blog* de Pórtico (<http://portico.cf.blogspot.com/>).

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

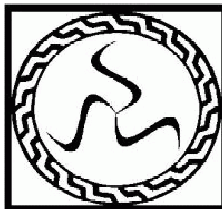
<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 66161-090111-578743-36